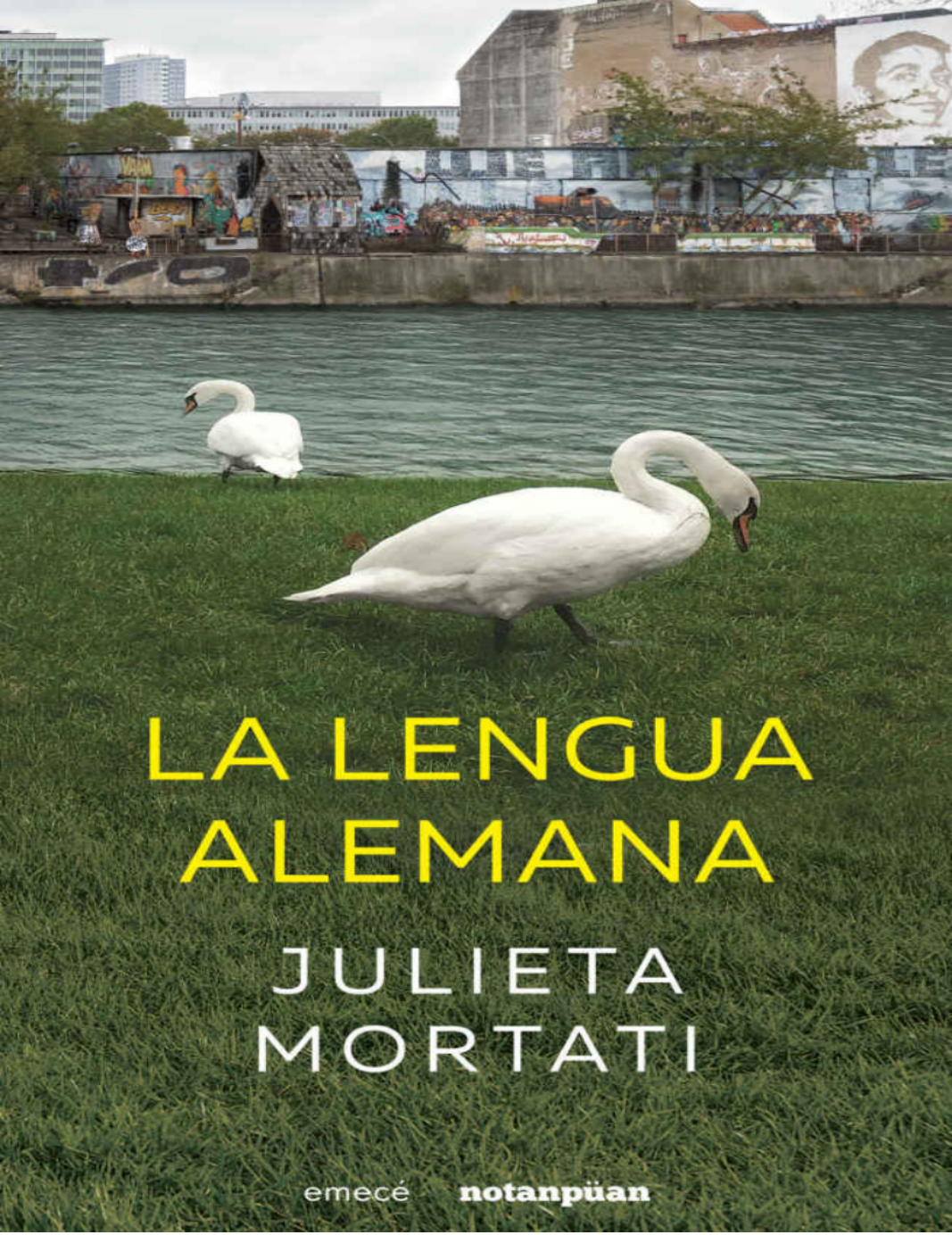
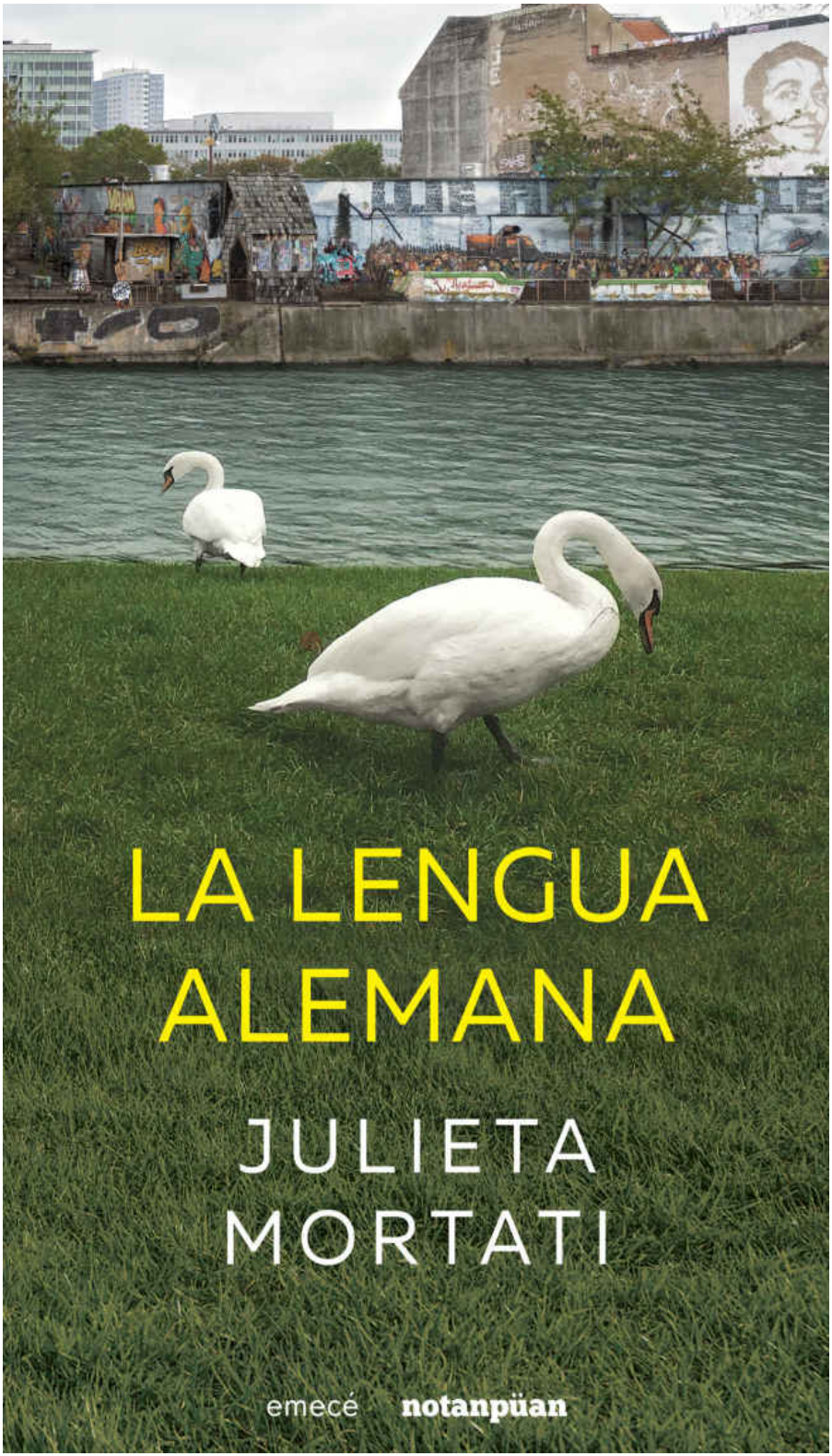


LA LENGUA ALEMANA

JULIETA MORTATI

emecé notanpüan


LA LENGUA ALEMANA
JULIETA MORTATI
emecé
notanpüan

Índice de contenido

Portadilla

La lengua alemana

Julieta Mortati

La lengua alemana

Mortati, Julieta
La lengua alemana / Julieta Mortati. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-04-3928-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2018, Julieta Mortati

Las citas que aparecen en este libro son de Tácito (*Germania* , traducción de Nicolás Gelormini, Buenos Aires: Losada, 2007)
Todas las imágenes son de Julieta Mortati
Imagen de tapa: intervención fotográfica sobre imagen de Nele Wohlatz
Foto de solapa: Sofía Villanueva
Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé ®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: marzo de 2018
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3928-2

A Edgardo Dieleke

Me fui de viaje a un lugar en ruinas. Había tres portones entreabiertos y un alambrado roto. No eran las ruinas de nada en particular. Allí llegó un lugar y se estrelló. Quedaron, luego de eso, las ruinas de un lugar. Y la luz se posaba sobre ellas.

«Charla breve sobre adónde viajar»,
ANNE CARSON

Abro la carpeta de fotos para saber cómo éramos. Aparecen parques vacíos, grúas. En una foto estás con unos guantes de lana cubriéndote los puños en pose de boxeador. En otra aparezco yo con un pedazo de carne cerrado al vacío sobre la falda, lo acaricio como si fuera un gato. Posamos, ponemos caras, como si no nos animáramos a mostrarnos o nos burláramos de nosotros mismos.

1

Tu pueblo no tiene nada en particular, pero se llama Neukirchen-Vluyn y lo nombro porque es un nombre raro. Y por eso lo voy a escribir de vuelta, por todo lo que me costó decirlo en voz alta: Neukirchen-Vluyn. Evoco los sonidos de su pronunciación, un motor ahogado, el disparo de una pistola de aire comprimido. Neukirchen-Vluyn en realidad son dos pueblos que se separan al final de un camino. Si uno se dirige hacia Vluyn, basta con tomar la ruta hacia la izquierda.

Izquierda.

Vluyn es un pueblo agrícola de veintinueve mil habitantes donde se plantan repollos, trigo y se crían burros a la orilla del río Ruhr. El escudo de armas es una trama ondeada negra y amarilla.

¿Quién, por otra parte, además del peligro de un mar espantoso y desconocido, abandonada Asia o África o Italia, se dirigiría, si no fuera su patria, a Germania, fea en sus tierras, áspera en el cielo, triste de habitar y de ver?

Germania, TÁCITO , I d.C.

China llegó a esta región para llevarse las fábricas enteras de carbón y trasplantarlas en su país. Los operarios chinos alimentados a base de arroz desarmaron kilómetros de lata. Se trepaban a unas escaleras tan finas como delgados sus brazos mientras los alemanes los perseguían por todo el predio para que les firmaran unos papeles donde les aclaraban que ellos no se hacían responsables en caso de que les pasara algo. Eso vimos en un documental en el que entrevistaban a los antiguos trabajadores y contaban estas cosas. Fue un lindo momento, las imágenes se proyectaban en la pared, los gatos se acurrucaban sobre tu pecho. Las minas se convirtieron en grandes parques arqueológicos donde las excavadoras obsoletas yacen quietas y pasan por esqueletos de dinosaurios. En verano, el predio está abierto para andar en bicicleta, tirar la lona y tomar sol.

Cuando las minas estaban activas, la ropa colgada en el jardín se llenaba de ceniza. Parecían restos de soldados muertos.

2

Cuando Uwe se fue a la guerra, Zenda se quedó en el pueblo a cargo de sus hijos. Una tarde de invierno, después de tres años de su partida, Uwe volvió, rengo pero volvió. Sin avisar. De sorpresa. Cuando ya nadie lo esperaba.

La escena de su regreso fue así. Estaba oscuro. Hacía mucho frío. Afuera no había nadie, estaban todos adentro de las casas. Uwe caminaba con dificultad por la calle principal vestido con el uniforme militar y el pelo muy corto. Estaba más flaco que de costumbre. Nunca pensó que se iba a morir en la guerra, pero cuando llegó al pueblo se sintió aliviado. No sabía cómo lo iban a mirar, pero sí sabía que nadie le iba a preguntar nada, porque en Neukirchen-Vluyn nadie nunca pregunta nada. Pensó en comprar algo para comer y no caer a su casa con las manos vacías. El almacén todavía estaba abierto. Adentro había mucha gente esperando para hacer su pedido. Cuando lo vieron, lo dejaron pasar primero. Compró un pan y el almacenero le agregó un cuarto de salchichas y queso gouda que no le cobró. Cuando le entregó el paquete envuelto, el almacenero le deseó buena suerte en su nuevo hogar y le dio una dirección, Eichhörnchenweg 1. Qué suerte que cuando se prendió fuego la casa tu mujer estaba en misa con los chiquitos, remató. Uwe lo miró fijo a los ojos en forma de agradecimiento por la información y se arregló el uniforme como diciendo que ese dato ya lo conocía. ¿Cuánto habrían podido cambiar las cosas en su ausencia? ¡Él era solo un hombre volviendo de la guerra! Masticó la dirección y recordó que ahí vivía Hans, el acordeonista que tocaba en la banda del pueblo y que más de una vez les había ofrecido leña. Hans trabajaba en la fábrica de carbón y no pudo ir a la guerra por una deformidad en los dedos, una especie de artrosis que tuvo de pequeño que, curiosamente, le impedía levantar el fusil pero no tocar el instrumento. Uwe salió del almacén y avanzó por el campo hasta que vio una casa iluminada. Parecía una reina poderosa pero su soledad lo conmovió. Hacía tiempo que lo único que veía era destrucción. Todas las cosas, por más fuertes y arrogantes que sean, acaban, pensó. Uwe, el oficial recién vuelto de la guerra con una renguera, se desplomó en la vereda y lloró con la cara entre las manos. Cortó un poco de papel del paquete del almacén para sonarse la nariz y tocó la puerta.

Cuando llega el momento de la batalla, es vergonzoso para

el caudillo ser vencido en valentía, vergonzoso para el cortejo no igualar la valentía del caudillo. Pero infamante para toda la vida y oprobioso es haber regresado de la batalla como sobreviviente del caudillo: el máximo juramento es defenderlo, protegerlo, incluso asignar a su gloria las hazañas propias; los caudillos combaten por la victoria, los compañeros por el caudillo.

En la casa se estaban preparando para ir a dormir. Hans abrió la puerta y frente a sus ojos estaba el esposo de su mujer; el vecino que había ido a la guerra se había salvado. Le estrechó la mano y lo hizo pasar. Llamó a Zenda, que estaba en las habitaciones de arriba acostando a los niños. Bajó apurada con los cachetes colorados por el calor y cuando lo vio pegó tal grito que hizo bajar a los niños en pijama. Michael, de ocho años, apenas vio a Uwe se le subió encima, él le hizo upa y lo abrazó; los mellizos Florian y Theo lo agarraron de las piernas más tímidamente, siguiendo la reacción del hermano mayor antes que un sentimiento genuino, porque ese hombre imponente de mirada dulce no les decía mucho a esos niños nacidos pocos meses antes de que él partiera. Uwe alzó a los tres, los llenó de besos y dieron vueltas así agarrados tarareando una canción infantil que parecía una marchita militar acelerada. Notó que Michael se le parecía físicamente, pero cuando el flequillo le caía sobre los ojos hacía un movimiento de cabeza espástico igual al que le había notado hacer a Hans. Después de un rato, Uwe los llevó a acostarse. Subió las escaleras con los tres colgados de sus piernas. Tapó a Michael con una frazada y a los mellizos con otra. Les dio un beso en la frente a cada uno y apagó la luz.

Abajo, Zenda y Hans lo esperaban sentados en la cocina. Cada tanto se oía el golpe seco de una puerta mal cerrada. Uwe puso el pan, el queso gouda y las salchichas sobre la mesa y se sentó junto a ellos. Hans abrió una botella de vodka y llenó tres copitas. Zenda se tocó la panza hinchada de seis meses, y en poco más de diez minutos decidieron que el bebé que llevaba en el vientre iba a ser hijo del recién llegado.

En Vluyn hay una montaña artificial donde se guardan los restos de la guerra: los escombros de las casas destruidas por las bombas, por ejemplo.

Hay distinción de penas según el delito: a los traidores y desertores los cuelgan de los árboles; a los cobardes, a los inútiles para la guerra y a los deshonrados en su cuerpo los

hunden en el cieno o pantano, y arrojan zarzas encima.

Maria nació tres meses después de un pujo. Se crió con su madre, sus dos padres y a las corridas con sus hermanos varones. Estudió para ser profesora de escuela secundaria. Allí conoció a Christoph, y después de dos años de noviazgo se casaron.

Él también venía de una familia pobre. De chico lo obligaban a comer seso de vaca, entre varias tripas, cuando no había otra cosa. Quería ser ingeniero, pero después lo pensó mejor y dijo: «Voy a ser maestro porque en Alemania nunca se quedan sin empleo». Enseñó matemática, física y química por más de treinta años. Sus alumnos eran hijos de inmigrantes turcos y africanos. Chicos que les tienen que traducir a sus padres las notas del cuaderno de comunicaciones, que no son alemanes en Alemania, pero tampoco se sienten turcos en Turquía, ni africanos en África. En el acto de fin de año, siempre era elegido como el profesor más querido.

Hans murió de viejo cuando Maria estaba embarazada de vos. Lo enterraron en una humilde ceremonia a la que asistieron tus padres, tu abuela y tus tíos. Uwe no fue porque estaba postrado en una cama de hospital con la mirada clavada en el techo blanco contando números que acumulaba con los días. El día que murió, dijo la enfermera, había llegado al 160.280.

Unos días después del entierro, Maria estaba en la cocina poniendo unas flores en agua cuando sonó el teléfono. La llamaron del juzgado para decirle que Hans la mencionaba en su testamento. «Y la casa de Eichhörnchenweg 1 es para mi única hija, Maria», dijo el escribano, un hombre de manos húmedas y traje azul que nunca olvidará. Así fue cómo Maria se enteró de que su padre biológico no era quien ella había pensado. Cuando salió del juzgado, le preguntó a Zenda por qué nunca le había dicho nada. Ella le respondió que no había encontrado oportunidad y que después se había olvidado. Y ahora encima está muerto, pensó Maria.

Cuando naciste, un rayo de luz atravesó la sala. Afuera nevaba. Te sacaron con fórceps.

Christoph y Maria decidieron mudarse a la casa de Eichhörnchenweg después de remodelarla. Donde estaba el chiquero pusieron el living y tiraron abajo el gallinero para agrandar la cocina. Lo que aún se conserva de la época de la guerra es la puerta de madera que va al sótano y su escalera. Bajar a buscar una botella de agua mineral es como un viaje en el tiempo.

Nunca vi tantos libros de cocina juntos como en la biblioteca de tu mamá. *Die Besten Partyrezepte* , *Backen für Advent und Weihnachten* , *Schnell und Einfach* . Para ella, cocinar es una terapia. Agarra un bol y mezcla los pensamientos. Pesa las cerezas en la balanza, mide el azúcar con cucharas de diferentes tamaños y vuelca la harina en un medidor de plástico. El fuego, la paciencia y la medida lo son todo en la armonía familiar, piensa. En su cocina, los problemas terminan convertidos en una torta o en muffins. Es fiel a las recetas como un monje al Evangelio. La letra le garantiza el resultado. Y ella es una soldado de las escrituras. Todas las noches le reza a la Virgen María: *Dein im Leben, dein im Tod, dein in Unglück, Angst und Not, dein in Kreuz und bittrem Leid, dein für Zeit und Ewigkeit* . La letra es el plan divino, fuera de él no hay nada.

3

Tuviste el pelo por la cintura, usaste rastas, te afeitaste y te hiciste punk. A los quince probaste tu primer cigarrillo. Fue con tu novia Anna. Tomaste un atado de la góndola del supermercado y lo metiste debajo de la campera. Anna, de pelo oscuro y ojos verdes, se adelantó a la caja y le compró al baboso del vendedor una lata de Coca para disimular. Salieron caminando y luego empezaron a correr. De emoción, nadie los perseguía. Ya era de noche y en la calle estaban solos, escuchaban sus pasos y el viento. Se sentaron en un banco de la plaza alejado del farol. Prendieron un cigarrillo y luego otro pese a que no paraban de toser y les parecía horrible. Escondieron los tres cigarrillos que les quedaron al pie de un árbol debajo de unas hojas y volvieron cada uno a su casa confiando en que el viento les sacaría el olor a tabaco. Por las dudas, al llegar subiste directo a tu cuarto.

Al otro día, fueron a buscar los cigarrillos que les quedaban, pero se habían echado a perder con la nieve. Así que volvieron a tu casa. Tus padres no estaban, agarraron una Biblia vieja y en el jardín juntaron unas hojas secas que trituraron con cuchillo. Armaron una especie de habano que le habían visto al Che Guevara y se fueron al bosque. Inhalaste tan fuerte que casi te desmayás y la tinta te hizo arder la garganta.

El bosque no era un lugar al que se entraba, sino que de repente te envolvía. Solían ir bastante seguido. La conversación los arrastraba hasta dejarlos completamente solos entre tilos, hayas y abedules. Se sentaban en los pozos formados por las bombas caídas sobre la tierra que no llegaron a explotar. La comuna decidió sacar las bombas, pero dejaron esas zonas sin rellenar como un monumento natural a las tragedias del pasado. Eran como pequeños anfiteatros, y les gustaba imaginar cómo hubiera quedado el lugar tras la explosión: qué árboles habrían desaparecido, cuán profunda habría quedado la tierra, hasta dónde se habría escuchado; por momentos se quedaban en silencio para sentir el ruido de las gotas de la lluvia sobre las hojas, o esperando que apareciera algún animal. Una vez vieron cómo un jabalí se devoraba a una cría de ciervo. La mamá ciervo chillaba de lejos, pero no se acercaba. Le tiraron piedras al jabalí, pero fue en vano, su hocico seguía hurgando en las vísceras del cachorro. Poco a poco olvidaste esa imagen, pero el aullido desesperado de la madre fue recurrente en tus sueños. Una tarde, llegaron a la huella y encontraron un lobo durmiendo en el centro. Se volvieron caminando

despacito hacia atrás, para que no despertara.

El día de tu cumpleaños número dieciocho, Anna agarró su maquillaje, te delineó los ojos, te puso rímel en las pestañas, te pintó los labios de rojo y te prestó una pollera suya larga y negra. Ella se puso una gorra de béisbol, los pantalones negros de tu comunión y se pintó con el mismo labial. Se sacaron las remeras, se abrazaron con el torso desnudo e hicieron el amor, los dos por primera vez. Fue corto, pero suave y hermoso, y sus cuerpos quedaron marcados de rouge. Anna dejó un caminito de sangre en la sábana. Trataron de limpiarla con la nieve que se había acumulado en el marco de la ventana, pero no funcionó.

Abajo los estaba esperando tu mamá con una torta de chocolate de forma de calavera cubierta con mazapán y fantasmitas hechos de papel crêpe. En las fotos del festejo aparecés abrazado a Anna, ambos con talco en la cara y sonriendo con dientes de vampiro de plástico.

Cuando terminaste el secundario hiciste el servicio civil. Pintaste paredes de escuelas, instalaste inodoros, casi mataste a un chico en una moto cuando doblaste por una calle arbolada y no lo viste venir a toda velocidad. Bastó que le rozaras la rueda trasera para que lo vieras balancearse como un péndulo sobre la línea de la ruta.

Al terminar el colegio, Anna se mudó a Hamburgo para empezar la universidad. Desapareció como había llegado, de la nada, pensaste y no atinaste a recuperarla. Mientras esperabas que te aceptaran en la Universidad Humboldt para estudiar Derecho, decidiste ir a estudiar italiano a Florencia.

Al primer café con leche te robaron la mochila con los documentos y la plata. Fuiste a la embajada y llamaste a tus padres. Allí te dieron dinero, un pasaporte provisorio y a los dos días te llegó una tarjeta de débito nueva. El hecho sentó un precedente. A partir de entonces, entendiste que tu vida estaba blindada con paredes de gomaespuma, estrechas, pero contra las que nunca te podrías golpear.

4

En Berlín ya habías estado una vez, en 1986. Tenías siete años y habías ido con tus padres y Sarah, tu hermana de tres. Sarah tenía asma y no encontraban el tratamiento adecuado. Una colega de tu mamá le había hablado de un médico que atendía en Berlín del Este y recetaba infusiones milagrosas. No fue difícil cruzar el muro, si bien al oficial de frontera no le cayó muy simpático que unos occidentales fueran a buscar ayuda médica al Este, y los demoraron unos minutos. Pero al escuchar la respiración de la niña, que se asemejaba al ronroneo de un gato, los dejó pasar.

El médico atendía a los pacientes externos en los tiempos muertos de su guardia en el hospital. Mientras estabilizaban a tu hermana con nebulizaciones, tu padre te llevó a tomar aire al canal. Una gran superficie del canal estaba congelada, pero los cisnes se trasladaban por el agua con el pecho erguido; no parecían sentir frío. De repente, uno subió al pasto y te acercaste para acariciarlo. Cuando estiraste la mano, el bicho te mordió y empezaste a sangrar.

Tres años después viste la caída del muro por TV; parecía una noticia de otro país.

Te mudaste a Berlín a fines de los noventa con Johanna y Ginger, dos amigos del colegio que se iban a la gran ciudad hartos de pueblo. Encontraron un departamento con instalaciones viejas, estufa de carbón y las típicas habitaciones amplias que a principio de siglo solían albergar a familias enteras. Tras haber ganado en el «Piedra, papel o tijera», a Johanna le tocó la habitación del balcón. A vos, el cuarto por el que el sol entraba a la mañana, y a Ginger, el que estaba adelante, en la entrada. En el piso de tu nuevo cuarto tiraste un colchón de dos plazas estilo japonés. Instalaste dos estantes de cuatro metros de largo que se inclinaban hacia las puntas, donde se mezclaban los libros con la ropa. Al lado de la ventana enfrentaste dos sillones verdes de un cuerpo que habías comprado en una tienda de segunda mano y una palmera que rescataste de la calle.

El edificio quedaba en pleno Neukölln. Las bandas de turcos y árabes se debatían la supremacía sobre el territorio. Las frenadas de la *polizei* y las sirenas de las ambulancias que trasladaban heridos de ambos bandos se oían aun con las ventanas cerradas. Cuando hablabas por teléfono con tu mamá, los bocinazos rebotaban en el tono de la

línea. Ella llamaba cada vez más seguido, no porque estuviera preocupada o no se pudiera acostumbrar a la vida sin vos, sino porque había algo de ese peligro de la ciudad que habitaba también en ella. Vos nunca te negabas a atenderla, todo lo contrario. Se quedaban horas hablando al teléfono bajo ese fondo de sirenas, contándose cosas que nunca se habían dicho.

Conseguiste trabajo de mozo en una empresa de catering. Te rodeabas de artistas y empresarios a quienes sonriente les ofrecías algo de comer o beber. El trabajo no era gran cosa pero te convenía. Te llamaban tres veces por semana para trabajar ocho horas y te llevabas casi cien euros por turno. Cuando el evento terminaba, vos y tus amigos se ponían a comer las sobras de las fuentes y se tomaban las cervezas que habían quedado sentados alrededor de los contenedores de botellas vacías, como si fuera un fogón con los restos de la noche desparramados a su alrededor.

Y no cuentan el número de días, como nosotros, sino el de las noches. Así establecen, así fijan sus encuentros: la noche parece conducir el día.

Los días que no trabajabas, pasabas la noche eterna del invierno en Berghain revolcado con desconocidos en el suelo húmedo del boliche, chillando como un animal salvaje. Llegabas a tu casa al mediodía y te despertabas a las siete de la tarde. Te preparabas un pan con manteca, queso y huevo mientras escuchabas la radio y luego te dabas un baño de inmersión con el agua tan caliente que pelaba la piel. Te quedabas sumergido hasta el cuello con los ojos semicerrados, iluminado por la luz de las velas que ponías en el borde de la bañadera y el volumen de la música clásica al mango.

5

La primera vez que escuchaste hablar sobre Argentina fue en el Mundial de México 86, y después, a través de Gabriela Sabatini, cuando en 1990 le ganó la final del US Open a Steffi Graf. De la crisis argentina, los cacerolazos, los vecinos organizados, la resistencia en las plazas, te había hablado un periodista sueco que conociste en el transiberiano cuando cruzaste la estepa rusa con tu mamá.

Frente a tu departamento funcionaba la agencia de viajes de *Herr* Rausch. Así le habían puesto a ese turco hábil en negocios que no se sacaba el habano de la boca. *Herr* Rausch tenía bajo su poder a una tropa de quince jóvenes gritones que en setenta metros cuadrados, por unos euros amarrocados en el placard, cerraban decenas de idas y vueltas diarias a Estambul. Con el tiempo amplió el negocio a Latinoamérica. Buenos Aires fue uno de los primeros destinos, debido a las ventajas del curso cambiario durante los primeros años pos 2001. Así fue cómo, de una semana a otra, vos estabas viajando a las tierras de Gabriela Sabatini vía Río de Janeiro por 679 euros con impuestos incluidos.

En Buenos Aires alquilaste un PH en Palermo con patio y sin aire acondicionado. El sol entraba por la ventana con una furia tal que desacomodaba las sábanas. Tomabas clases de español con un graduado de Letras. Como ya habías aprendido italiano, te resultaba bastante fácil. Se juntaban en un bar a leer el diario y te recomendaba libros que comprabas en la librería Eterna Cadencia, que te quedaba justo en frente. Una tarde te subiste a un taxi y le pediste al chofer que te llevara a Flores. Querías conocer el barrio que Aira nombraba con tanta insistencia en los libros con los que aprendías español. El taxista te dejó en la plaza frente a la basílica San José. El calor era pegajoso y con cada paso dejabas tus huellas en el asfalto. Eran las tres de la tarde y la plaza estaba desierta. De repente escuchaste unas campanadas, el ruido de unas compuertas, y detrás de vos viste salir, de lo que parecía un templo evangelista, una fila con cientos de fieles que rápidamente llenaron la plaza. Algo te había hecho sentir cómodo ahí, como si ya hubieras estado en ese lugar o fueras a estar; a veces el pasado y el futuro se sienten de la misma manera.

Cerraste los ojos y trataste de imaginar esa parte de la ciudad cuando eran solo algunos caserones en medio de una masa de barro y

te acordaste de Neukirchen-Vluyn. Ahí, sentado en ese banco rodeado del asfalto que había logrado tapar varias fases de su historia sentimental, por primera vez pensaste en tu pueblo con ternura. Después de unas horas, te tomaste otro taxi rumbo a Palermo. Te sonó el celular. Era Sonia, tu vecina, que te invitaba a un concierto de percusión en el Planetario.

6

Fumabas apoyado en un ombú, me mirabas y yo bailaba. La cuerda de tambores parecía el galope de mil caballos. Cuando terminó el show nos acercamos. Te pregunté de dónde venías, me dijiste que adivinara. ¿California? Cerca, Berlín. En un español trabado me preguntaste si te quería acompañar a ver a otro alemán que pasaba música esa noche. Estaba por ir a cenar con mis amigas, así que te pasé el celular de una de ellas, en esa época me resistía a usar uno, y quedamos en encontrarnos más tarde.

A las dos de la mañana, cuando ya había perdido toda ilusión de volver a verte, me mensajeaste diciendo que estabas a cinco cuadras. Cuando llegaste, mis amigas nos dejaron solos y nos fuimos a caminar. Nos dimos cuenta de que habíamos nacido el mismo día y algunas coincidencias más que nos hicieron pensar que definitivamente éramos almas gemelas. Te dije que tenía sed y me invitaste a tomar agua a tu casa. Cruzamos la avenida Córdoba, me abrazaste y cuando llegamos a la vereda me besaste. Por fin, pensé.

Hicimos el amor y amanecimos pasado el mediodía, nos sacamos fotos tirados en la cama registrando esa magia que no podíamos creer. Me levanté y me puse tus bermudas cargo, que me quedaban ridículamente grandes, y almorzamos hamburguesas en un restaurante brasileño.

Los que han conservado por mayor tiempo la virginidad se llevan la alabanza más grande; consideran que con esto aumenta la estatura, aumentan las fuerzas, y los músculos se vuelven más resistentes. Tener relaciones sexuales antes de los veinte años es algo muy vergonzoso.

En menos de una semana te volvías a Berlín, así que decidimos no despegarnos. Esa misma noche nos fuimos a la playa. En Retiro nos tomamos el primer micro que salía a la costa. Llegamos a la plaza temprano a la mañana y se puso a llover. El micro nos dejó a tres cuadras del mar y nos fuimos a proteger de la tormenta a los médanos. Saqué la lona, me tiré boca arriba y vos encima mío te bajaste el pantalón y entraste corriéndome la bikini. Me acabaste en la panza y me limpiaste con las manos llenas de arena. Nos quedamos dormidos hasta que nos despertó el sol y nos metimos al mar.

Tu cuerpo era hermoso, con una musculatura natural, lograda sin esfuerzo. Solo me llamaba la atención lo mucho (y seguido) que transpirabas. Comías y transpirabas, dormías y te evaporabas. Tus remeras tenían agujeros en los sobacos, tus axilas goteaban como pequeños helechos recién regados.

A la vuelta el micro nos dejó en plaza Italia. Comimos una pizza de la caja en Kentucky, nos sacamos unas fotos en las que se nos ve quemados por el sol y con los ojos melancólicos.

Al día siguiente, cuando amanecí, desde la cama te vi sentado en la mesa del living. Le escribías una postal a tu mamá con dedicación sobre el dorso de una foto de un portero eléctrico de mármol que había sacado tu amigo Gaspar para el flyer de una fecha de su banda de rock.

Tomamos un taxi rumbo a Ezeiza, y me bajé en la avenida Belgrano para tomarme el colectivo para ir a la redacción. Yo lloraba y vos te reías. Me dijiste que pronto nos íbamos a volver a ver.

Tu mamá recibió la postal veinte días después de que vos llegaras.

7

Cuando volviste a Berlín la temperatura no ascendía de cero grados, pero había sol y la gente se juntaba a tomar café en la vereda con las camperas puestas y mantas de polar apoyadas sobre la falda. No mucho, por no decir nada, había cambiado desde que te habías ido. Durante la tarde, Johanna se la pasaba mandando su CV a distintas ONG de ayuda humanitaria y Ginger miraba películas proyectadas en la pared de su cuarto.

Aprobaste los exámenes de Derecho y te esperaba un último final para recibirte. Te levantabas temprano y te ibas a la biblioteca a hacer fichas de lo que leías. Las apilabas en un canasto que poco a poco se fue llenando de ladrillos de papel escritos con tu letra de artista loco. A la noche, te preparabas algo de comer y me esperabas en Skype viendo una película en la computadora. Teníamos una diferencia horaria de cinco horas, y cuando yo volvía del trabajo a vos se te empezaban a cerrar los ojos. El timbre ahogado de la llamada del Skype anunciaba el componente dramático de nuestros días. Todas las conversaciones las terminabas con un «vení, vení, vení». Te acercabas a la cámara, me tirabas un beso y cortabas. Me mandabas fotos por mail. Recuerdo una en plano americano en el Mauerpark en la que me tirás un beso con los brazos abiertos. En otra, del mismo día, aparecés arrancando unas florcitas amarillas de un baldío. En la siguiente me ofrecés el ramo. Hay una con un primer plano de tus dientes mordiendo un pedazo de *currywurst* en la estación Eberswalder. Una vez me mandaste un video de alguien masturbándose. No entendí si eras vos o un amigo.

8

Me fui a verte. En el trabajo pedí una licencia sin goce de sueldo, que no fue bien tomada porque, según la ley, como hacía solo tres meses había empezado a trabajar ahí, me correspondían tres minutos con doce segundos. Una parte del pasaje la pagué con parte de mis ahorros y la otra, con la tarjeta de crédito en seis cuotas.

Me tomé el avión con trescientos euros en la billetera y una valija con veintitrés kilos, el peso máximo. Lufthansa. Buenos Aires-Frankfurt-Berlín. Recién cuando el avión aterrizó se me ocurrió pensar que todo podía ser una locura. ¿Y si nadie me pasa a buscar? ¿Qué hago veinte días sola en una ciudad en la que no hablo el idioma con trescientos euros? ¿Y si al vernos no nos gustamos? ¿Y si nos llevamos pésimo? O, peor, ¿y si nos enamoramos demasiado? Pero el avión siguió bajando, las ruedas tocaron el suelo, y yo ya había cruzado el mar.

Botschaft
der
Republik Argentinien

1857 - 2007

En conmemoración de los 150 años del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre la Confederación Argentina, el Reino de Prusia y los restantes miembros de la Unión Aduanera

Berlín, 26 de abril de 2007
VA#6 042/07

Sra.
[redacted]
Capital Federal
República Argentina

Estimada [redacted]

con relación a su mail del 23 de febrero pasado, le informo que la Embajada remitió una nota al Sr. Ulrich Wilhelm, vocero del gobierno alemán, señalando el interés [redacted] de realizar una entrevista con la Canciller Federal Angela Merkel [redacted]. Lamentablemente, se nos ha comunicado que debido a la cantidad de compromisos originados en el ejercicio por parte de Alemania de la presidencia de la UE y del G8, la Canciller no puede conceder reportajes que estén fuera de este marco.

Cordialmente,

Secretario Luis Fuhr
Embajada de la República Argentina en Alemania

sk/FUH

Klosstr. 23-26 | 10787 Berlin | Alemania | Tel. +49 (0)30 22 66 89-0 | Fax +49 (0)30 22 91 400 | argentinische-botschaft.de

El amor es tardío en los jóvenes, y por esto la pubertad es inagotable.

Al aeropuerto me fue a buscar Sarah porque esa mañana rendías el examen. La descubrí porque iba y venía detrás de la mampara. Solo había visto una foto suya por Skype en la que aparecía tomando un daikiri. En la foto, al succionar los pómulos se le angostaban los rasgos faciales, pero en la vida real su cara era redonda como la luna llena. Tenía los ojos azul hielo, frío cristal, y unos huesos enormes que se replicarían entre el conjunto de las mujeres de ese país que me iba a hacer sentir débil e insignificante. Sus hombros eran anchos; sus manos, grandes y macizas. Me saludó con un fuerte abrazo de bienvenida, como se saluda a quien llega del extranjero. En el camino bajábamos y subíamos subtes y buses con la valija, que en

determinado momento se convirtió en un amigo borracho que había tomado de más en una fiesta y no se podía mantener de pie.

Por mi parte, coincido con la opinión de aquellos que consideran que los pueblos de Germania no han sido corrompidos por matrimonios con otras naciones, que se han mantenido como una gente propia y pura, solo igual a sí misma.
De aquí que también el aspecto corporal, aunque se trate de enormes grupos humanos, sea el mismo para todos: ojos crueles y azules, cuerpos enormes y solo aptos para la violencia.

Era un día de sol pleno. Hacía frío, pero era un frío seco, distinto al de Buenos Aires. Finalmente, paramos frente a un portón grafiteado que desentonaba con la pulcritud de la entrada de las otras casas, como si fuera el último bastión de resistencia de algo.

—Creo que ahí viene, ¿es él? —le pregunté a Sarah señalando a un chico que caminaba rápido.

—No, no es él… Es aquel —me dijo señalándote un poco más atrás. Caminabas haciendo zigzag con un ramo de flores envueltas en papel. Me acerqué para no demorar la bienvenida y rebotamos en un abrazo interrumpido por tanto abrigo. Sarah se fue y alzaste la valija. La subiste los tres pisos por escalera de un tirón.

Al entrar, fuimos directamente a tu cuarto. Tenías puesta una corbata amarilla, una camisa celeste, un chaleco escocés rojo y verde y un saco azul. Nada combinaba con nada. Me dijiste que era ropa prestada que habías conseguido el día anterior. Te desajusté la corbata y la tiraste diciendo «nunca más esta mierda». Hicimos el amor y fue como en las películas.

9

Una de nuestras actividades favoritas era ir a la Weinerei, una vinería devenida en bar en una esquina de Prenzlauer Berg. Allí todo costaba un euro y era especial: el capuccino lo servían en unos vasos de vidrio con espuma y cacao, los cuadrados de brownie o lemon pie eran los más ricos que había probado en mi vida. Llegábamos pasado el mediodía. Nos sentábamos en las mesitas de la vereda hechas con cajones de vino de madera. Leíamos, mirábamos a la gente pasar, sacábamos temas de la nada. Incorporábamos los gestos del otro haciéndolos pasar por propios. De pronto, vos empezabas a tocarte más el pelo y yo a caminar en zigzag.

Visitamos el Pérgamo, busqué el busto de Nefertiti y vi Rothkos originales. En los museos encontraba la genealogía de tu mirada. Las formas de tu civilización me daban la pauta de cómo podías ser y pensar. Todo a tu alrededor contenía pequeñas llaves para entenderte: participabas en el todo y el todo participaba en vos.

Escuchábamos los discos de The Whitest Boy Alive. Ese año habían ido a tocar a México. En YouTube se puede ver un video del concierto en Velvet. El cantante Erlend Øye está bailando feliz, dando saltitos, entregado a la magia. El show es una fiesta y él se acerca a sus fans y se pone a bailar hasta que de repente alguien le saca los anteojos y ya no puede ver. Pide que se los devuelvan, no veo, por favor, devuélvanme mis anteojos, dice. Son esos anteojos con mucho aumento y realmente se nota que no ve y no puede seguir tocando. Nadie se hace cargo y suspenden el show.

Las calles que recorríamos de noche no las reconocía de día. Las estaciones de subte me parecían impronunciables. El alemán me resultaba una distorsión exagerada y cada vez que intentaba decir una palabra descubría movimientos nuevos en mi cara. Mi lengua era un roedor moldeando una madriguera debajo de la tierra.

Una noche fuimos a una discoteca donde había hombres vestidos con chalecos y pantalones de cuero, el torso desnudo y el pito al aire. Te pediste una cerveza y nos sentamos en un sillón a besarnos. En un momento fui al baño y no había espejos.

Una de esas tardes de Weinerei, Ginger te pasó a buscar con su Vespa para ir a jugar al fútbol. Los vi alejarse en esa moto pesada que se movía como un caballo viejo. Me pedí un capuccino y me puse a leer *Moby Dick* . La aventura de la caza de la ballena blanca me parecía una buena novela para acompañar el principio de una relación.

—*Call me Ishmael* —me dijo un hombre. Corrí el libro y vi a un sajón de unos cincuenta años de pelo ceniza y ojos azul desteñido. Nos pusimos a hablar. Me contó que era irlandés, pero que hacía muchos años vivía en Berlín y que no hablaba alemán porque decía que le parecía una lengua bárbara, no como el inglés, que era el idioma de la civilización.

Más tarde, pasaste a buscarme. Llevabas tus botines en una bolsa de tela colgada al hombro que suavizaba tu masculinidad. Mirándote a los ojos, como pidiéndote permiso, el irlandés me despidió con un beso en la mano y me dijo: «Todo lo que vas a ver acá antes solo lo viste en tus sueños. Me refiero a las casas con techo de paja, a los veleros ordenados sobre la línea del horizonte, a los muelles recién barridos, acá no existe el polvo. La lluvia te va a agarrar en biciceta cuando estés atravesando el cementerio en dirección al parque por el que vas a andar totalmente sola y del que vas a bajar a toda velocidad hasta frenar en la mismísima puerta de tu casa. Te digo que vas a poder caminar por la calle bien tarde a la noche, encontrarte con una barra de chicos en la puerta de tu barrio, que solo van a atinar a decirte algo, no te va a pasar nada porque por mucho tiempo no vas a entender nada. Vas a ver un zorro colorado en guardia en el arenero. Vas a ver, también, a un hombre al que se le empieza a apagar el cuerpo, como si ocurriera un cortocircuito en una gran ciudad».

Al llegar a casa te sentaste en la mesa de la cocina y te pusiste a cortar la cebolla en cubitos. Con el tallo del pepino formaste puentes y a la zanahoria la convertiste en un puñado de láminas que parecían

barquitos. Así se construye el amor, pensé.

Después de cenar fuimos a caminar. Me diste una campera de esquí y salimos. Afuera nevaba.

10

Después de esos veinte días juntos, me prometiste que ibas a venir a Buenos Aires a vivir conmigo porque no ibas a trabajar de abogado y querías hacer una maestría en cine documental. Vamos a vivir juntos, me dijiste. Yo no estaba tan convencida de independizarme, pero si vos cruzabas el océano, al menos tenía que intentarlo.

En ese momento yo vivía con mi papá, a mi mamá no le había quedado otra que irse de casa. Una tarde, mientras preparaba un examen de Filosofía Moderna en mi cuarto, la escuché entrar. Tiró la cartera sobre el sillón y sin saludarme fue directamente a su habitación. Abrió el placard y empezó a meter ropa en un bolso. Me acerqué y con la voz quebrada me dijo que las cosas con papá ya no daban para más y se iba a la casa de su amiga Silvia. Se fue dando un portazo con el bolso semiabierto. Una hora después llegó mi papá. Yo estaba con la mirada clavada aunque ciega sobre los apuntes. Se acercó a saludarme y, como si lo presintiera, me preguntó si sabía algo de mamá. Le dije que había venido a buscar sus cosas y se había ido a lo de Silvia. Se dio media vuelta y con el puño le dio un golpe seco al marco de la puerta que sonó como un ratón chocando contra las paredes de su jaula.

A mediados de ese año volviste a Buenos Aires con dos valijas, un bolso, una bolsa escocesa china irrompible y una tabla de surf. Te fuimos a buscar al aeropuerto con mi papá. Tardaste en salir y te esperé a un costado, delante de los puestos de taxis, mirando por la juntura de las vitrinas para no perderme un minuto de tu llegada. En un papelito escribí: «No sé qué va a pasar con todo esto. Es un día importante. Estoy enamorada». No sabía bien qué ponerme para recibirte, como si la ropa configurara lo que sería nuestra relación. Me decidí por una camisa blanca, seria, y me planché el pelo. Pero no te gustó, me confesaste después, preferías mi versión improvisada.

Te vi pasar la aduana con el paso lento y firme y el chango lleno. Hacía tres meses que no te veía y te percibí más alto de lo que te recordaba. Corrí hasta la puerta y cuando saliste, tus ojos se achinaron aún más con la sonrisa y nos abrazamos fuerte, como si hubiera explotado algo y la inercia del estruendo nos hubiera juntado. Pusimos la tabla en el techo del auto y avanzamos por la autopista.

Cuando llegamos a casa, subimos al cuarto e hicimos el amor a las

apuradas mientras mi papá cocinaba fideos con tuco. En la cena, te contó que estuvo viviendo en Holanda. ¿Sabés cuál es el peor insulto que se le puede decir a un holandés? *Kopfkäse* , cabeza de queso, dijo y se rio a carcajadas.

A la semana nos fuimos a vivir a Flores, al departamento de una compañera del trabajo que nos lo alquiló mientras estaba de vacaciones. El edificio parecía un hospicio habitado por viejos abandonados que salían a hacer las compras todas las mañanas con sus perros ladradores. Los pasillos olían a churrasco a la plancha o a abuelo al microondas. Al anochecer, nos llegaba el sonido de los noticieros que rebotaban en las paredes, y sumado al jadeo constante de la heladera, parecían mensajes del infierno. Dormíamos en una cama de una plaza y del alimento diario te encargabas vos. Yo no sabía cocinar, pero no entendía por qué a la ensalada le ponías más de tres verduras. La salsa que hacías me parecía demasiado seca y picante. En cada plato yo buscaba un sabor conocido, el de la comida de mis padres, que me resistía a abandonar. Ese primer mes no nos vimos con nadie.

Dos meses después llegó por encomienda toda tu mudanza como si hubieras venido a quedarte para siempre: cinco cajas con libros, unos parlantes que te había hecho tu padre y que pasaban la altura de mi rodilla y flores de marihuana que habías escondido dentro de unos potes de crema Nivea. El resto de tus cosas las habías llevado a lo de tu familia y otra parte la habías vendido en el Maueropark durante tu último fin de semana en Berlín.

Es de sobra conocido que los pueblos germanos no habitan ciudad alguna, que no toleran siquiera que las casas estén unidas entre sí. V iven separados y distantes, según les guste un manantial, un campo, un bosque.

Un día nevó sobre Flores. Era domingo y nos levantamos al mediodía. Yo estaba fascinada. Creía que la nieve la habías traído vos. El clima extranjero enmarcaba nuestra relación en un contexto de ensueño. Desestimaste el acontecimiento meteorológico porque habías visto nieve más veces en tu vida de lo que hubieras considerado necesario. Ese hielo frágil cayendo en esta parte del mundo te parecía un mal chiste latinoamericano. Después de desayunar, te fuiste a visitar a tu amigo Gaspar a Parque Chas.

Te tomaste el colectivo en la plaza Flores, donde habías estado sentado aquel verano de calor insoportable. Ahora con los árboles nevados, y sin darte cuenta, empezabas a coleccionar postales propias.

Yo almorcé un pollo con verduras que había sobrado de la noche

anterior, me abrigué con todo lo que encontré y salí. En la vereda había chicos tratando de moldear un muñeco de nieve, gente sacando fotos de los autos nevados sobre los que escribían sus deseos. Todos copiaban lo que habían visto en las películas porque no sabían relacionarse con eso que estaba pasando. Para formar parte de esa fiesta agarré entusiasmada un puñado de nieve con las manos desnudas, pero se derritió enseguida dejándome helada. Volví rápido al monoambiente y me dormí.

Vos te habías tomado el colectivo en dirección contraria. No te diste cuenta hasta que el chofer anunció que habían llegado a la estación terminal de Mataderos. Te sentaste a esperar a que saliera el siguiente colectivo en un banco que había al lado de la garita con las manos adentro de la campera mientras la nieve caía sobre tus pies. A lo de Gaspar llegaste dos horas y media después de lo estimado. Él vivía en una casa antigua en la que en el verano anterior habían hecho varias fiestas «históricas». En unos meses la iban a demoler para poner un edificio. Sentiste pena por los mosaicos, las aberturas de las puertas, la paulatina modificación del barrio y el borramiento del paso del tiempo. Para vos, siempre fue importante que el tiempo dejara su marca. Una etapa se sedimenta sobre la otra, no se borra, decías. Pasaron la tarde tomando té sentados sobre unos sillones rasgados por los gatos y abrigados con lo puesto porque las estufas no funcionaban. Escucharon la nueva música que habías traído de Berlín. Gaspar se estaba separando de su novia por sexta vez, y esta parecía ser la definitiva. También hablaron de eso.

Buscamos hogar de manera inconstante pero desesperada, hasta que el domingo anterior a que volviera la dueña del departamento encontramos un anuncio prometedor. Era un día frío, oscuro y ventoso, y el aviso presagiaba el inicio de la primavera: «PH con jardín. Dueño directo». Las palabras claves de la felicidad. Parecía mentira y encima quedaba a siete cuadras de donde estábamos. Llamamos y quedamos en pasar una hora más tarde. Nos abrigamos y salimos.

El PH estaba a metros de la casa del escritor Baldomero Fernández, a la entrada del barrio Varela Bonorino, que había sido un proyecto de vivienda social de los años treinta. Por esa zona no pasan colectivos y casi no hay semáforos. Las calles son empedradas y las casas, angostas y coloridas. Es un pueblo adentro de un barrio, un paraíso a cinco cuadras del ruido comercial.

Llegamos a una plaza triangular con juegos oxidados y doblamos a la izquierda por una calle que nunca había escuchado nombrar. Al final de la cuadra, el cielo se empezaba a aclarar sobre una puerta de

chapa verde. Verificamos la dirección y tocamos el timbre. Al cabo de unos minutos salió Moni, la dueña, una mujer ágil y habladora de unos setenta años que no superaba el metro cincuenta. Moni tenía el pelo corto y rubio del que le salían mechones de colores fucsia, violeta y verde, que le combinaban con los aros de plumas también multicolores.

Atravesamos un largo pasillo con plantas y al final llegamos a la casa. Un ave parada en la medianera del jardín nos escrutaba como queriendo atacarnos. Moni le pegó un grito y el bicho se fue agitando sus alas pesadas. Nunca vi algo así, dijo Moni, y nos invitó a pasar.

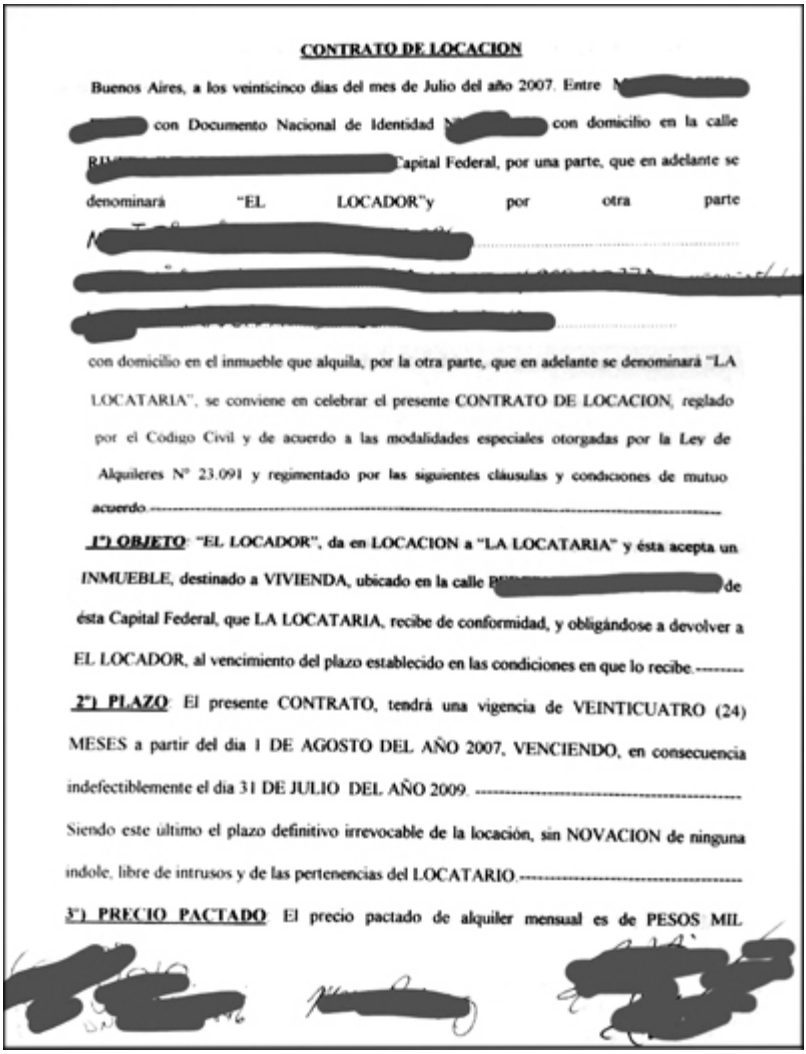
Lo mejor de la casa era el living rodeado de seis ojos de buey que nos hacían imaginar que estábamos navegando. El jardín estaba presidido por los ocho metros de un árbol de palta de cincuenta años con unas raíces gigantescas que sobresalían del suelo. Las paltas caídas sobre el pasto parecían bombas sin estallar. También había un níspero, un romero enorme, una enredadera de ramas secas que en el verano florecería con el aroma dulce del jazmín del país y una hamaca de plaza, rota y escondida entre los floripondios, como si ese jardín fuera el basural de una infancia.

Moni era peluquera y se jactaba de haber puesto de moda las extensiones en el barrio. Las vecinas iban a su peluquería a pedir un cambio de look que las sacara del hastío de los quehaceres domésticos. Ella decía que las peluquerías cumplen un rol social muy importante porque mantienen vivo el fuego interno del alma de las amas de casa, que a su vez mantiene vivo el fuego dentro de los hogares. No entiendo por qué se considera la peluquería como algo superficial, decía Moni preocupada. Ella, además, pintaba, hacía esculturas y desplegaba su imaginación en peinados que muchas veces le aparecían en los sueños. Por eso en la mesita de luz tenía un busto de telgopor con una peluca y una tijera. O los escritores no duermen con una birome y un cuaderno debajo de la almohada, decía.

Tres días después de esa visita firmamos el contrato de alquiler. Fue en el departamento de Moni, detrás de la peluquería. Estábamos mis padres, mi abuela (que nos salía de garante) y nosotros dos. El departamento era un lugar oscuro y sin ventanas con cuadros y bustos y pelucas por todos lados. Moni era realmente una apasionada. También había trofeos que había ganado en los ochenta en diferentes concursos internacionales de estilismo capilar en países como Rusia, Canadá, Estados Unidos y Japón, de los que nunca había vuelto con las manos vacías. Una vez también regresó con el ojo morado porque la rusa Aleksandrina Lébedev le había pegado una piña. No soportó que una enana tercermundista le sacara el título mundial, contaba Moni.

El día de la mudanza, yo me encargué de limpiar la casa y vos

fuiste al Ejército de Salvación a comprar muebles. Volviste con un juego de tres sillones deshilachados por otros cuentos; dos lámparas de pie; platos y tazas de distintos colores y épocas, y un par de reposeras oxidadas. En la verdulería conseguimos varios cajones de fruta, parecidos a los de la Weinerei, que oficiaron de mesas de luz, de mesa ratona y, apilados, de biblioteca. Al jardín no lo intervinimos, lo dejamos ser.



CONTRATO DE LOCACION

Buenos Aires, a los veinticinco días del mes de Julio del año 2007. Entre [redacted] con Documento Nacional de Identidad [redacted] con domicilio en la calle [redacted] Capital Federal, por una parte, que en adelante se denominará "EL LOCADOR"y por otra parte [redacted] con domicilio en el inmueble que alquila, por la otra parte, que en adelante se denominará "LA LOCATARIA", se conviene en celebrar el presente CONTRATO DE LOCACION, reglado por el Código Civil y de acuerdo a las modalidades especiales otorgadas por la Ley de Alquileres N° 23.091 y regimentado por las siguientes cláusulas y condiciones de mutuo acuerdo.----------

1°) OBJETO: "EL LOCADOR", da en LOCACION a "LA LOCATARIA" y ésta acepta un INMUEBLE, destinado a VIVIENDA, ubicado en la calle [redacted] de ésta Capital Federal, que LA LOCATARIA, recibe de conformidad, y obligándose a devolver a EL LOCADOR, al vencimiento del plazo establecido en las condiciones en que lo recibe.---------

2°) PLAZO: El presente CONTRATO, tendrá una vigencia de VEINTICUATRO (24) MESES a partir del dia 1 DE AGOSTO DEL AÑO 2007, VENCIENDO, en consecuencia indefectiblemente el dia 31 DE JULIO DEL AÑO 2009. ----------

Siendo este último el plazo definitivo irrevocable de la locación, sin NOVACION de ninguna índole, libre de intrusos y de las pertenencias del LOCATARIO.----------

3°) PRECIO PACTADO: El precio pactado de alquiler mensual es de PESOS MIL

Una semana después fuimos a plaza Francia a buscar un gato. Esa mañana desperté descompuesta. ¿Estaría embarazada? En plaza Francia había un montón de gente joven reunida en grupos, desparramada sobre el pasto con el sol en la cara. Había parejas paseando con sus bebés, vestidas a la moda y relajadas, y otras más

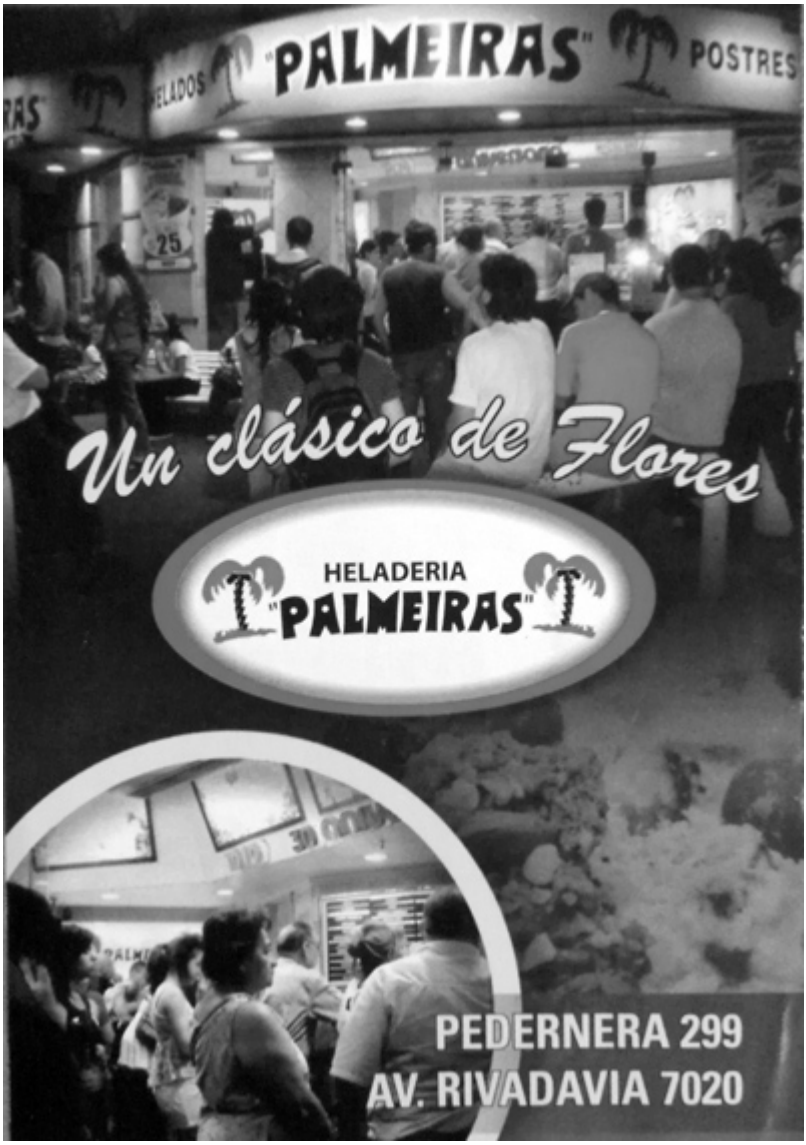
grandes con hijos preadolescentes y cara de compromiso. ¿Tenía que estar pensando en construir un hogar o en divertirme? La idea de familia me daba terror.

Caminamos como zombis por la plaza hasta que vimos a un chico con una caja. Le quedaba un último gatito atigrado de color gris. Tenía una mirada nostálgica que no se le iría jamás. Lo alzamos y, por sus puños blancos, le pusimos Rocky.

Esa noche, Sonia y Lucrecia pasaron por casa. Yo tenía muchos nudos en el pelo, pero estaba demasiado cansada como para desenredármelos y me hice un recogido como pude. Ellas estaban fascinadas con el nuevo hogar; yo era la primera del grupo que se mudaba con un chico. Abrían los ojos bien grandes y modulaban con entusiasmo. Sentía que me podían comer. Yo no lograba distinguir si todo lo que nosotros empezábamos a vivir era producto de nuestro deseo, de la lógica de los acontecimientos o cuál era la diferencia. Sonia y Lucrecia me hacían preguntas básicas como dónde compraron los muebles, dónde consiguieron al gato, y yo casi no les podía responder, como si no lograra pronunciar las consonantes. Sentía que se querían apropiar de mi vida aunque yo no sabía qué era mi vida aún.

Con los meses, Rocky se volvió un gato alargado y ágil. Al mes se sumó Boris, un perro de pelo grueso y ojos temerosos. Lo había encontrado mi mamá en un tacho de basura en La Plata, adonde se había ido a vivir con su nueva pareja. Boris tenía las piernas tan cortas que no podía subir el zócalo para ir al jardín. Rocky se trepaba a los árboles mientras Boris se quedaba dentro de la casa aullando de impotencia.

Dos meses después, trajiste a Roma, de una casa vecina en la que estaban regalando gatitos. Era la gata más fea que había visto en mi vida y entraba en la palma de una mano; parecía un accidente. Era negra con manchas naranjas y le hacía frente a Rocky con mucha personalidad. Le pusiste Roma porque tenía los mismos colores que el equipo de fútbol italiano, al que una vez miraron jugar juntos mientras ella trataba de cazar la pelota extendiendo sus garritas contra la pantalla. Roma es amor al revés, nos dimos cuenta después. Y cuando hacía alguna travesura, que era bastante seguido, le gritábamos «¡Romántica!».



En casa no había nada que fuera pesado o que tuviera la intención de durar para siempre. Queríamos conservarnos dentro de ese presente-futuro, esos márgenes temporales y espaciales, que de algún modo enmarcaban lo que éramos y habíamos imaginado ser. Los muebles me provocaban una sensación de precariedad que se trasladaba a nuestra vida. La naturaleza del jardín nos demostraba que no podíamos evitar la fragilidad a la que nos sometía el paso del tiempo. Si nos habíamos conocido una noche cualquiera, habiendo vivido a miles de kilómetros de distancia, comunicándonos dentro de un esquema de pensamiento fatalmente distinto, eso que estábamos empezando a construir ¿por qué no podía destruirse de casualidad, un

día cualquiera, de repente, en un idioma desconocido, uno que todavía estábamos creando?

En las paredes no colgamos un solo cuadro. En realidad, lo que pasó fue que no clavamos ningún clavo, tratamos de no marcar el territorio, de no dejar huellas para que nadie nos descubriera después. Lo que sí hicimos fue colgar marcos vacíos en algunos clavos que dejaron los inquilinos anteriores. No enmarcaban otra cosa que la pared blanca, una página en blanco, nuestra historia por contarse. No había futuro porque el futuro estaba sucediendo. Mejor dicho, lo negábamos porque nos negábamos luego a ser pasado. Cuál era la posibilidad de ser si ya éramos, cómo se avanza en la llegada.

Pero había algo que sí cambiaba y era la disposición de los muebles. De la noche a la mañana era como si las olas los hubieran corrido de lugar.

En su primer celo, Roma quedó embarazada de Rocky. Aún parecía no haber alcanzado su madurez de hembra cuando ya se le empezaba a hinchar la panza. Unos meses después, un sábado a la noche volvimos a casa y vimos que Roma había tirado la colcha de nuestra cama al piso y se había creado una cuevita donde parió a los gatos. El acolchado estaba marrón sangre y ella lamía a los siete gatitos que estaban vivos y sanos. Había dos negros, dos atigrados grises, dos naranjas y una blanca con manchas negras. Apenas podían abrir los ojos y se arrastraban buscando las tetas. A la mañana siguiente, Roma se había hecho la cucha dentro del placard y trasladaba a los gatos de un lado a otro tomándolos del cuello. Rocky pasaba, los miraba como diciendo «qué quilombo», cada tanto les daba un lengüetazo y se iba. Durante el primer mes, ella se la pasó tirada amamantándolos. Después, los cachorros empezaron a jugar entre ellos, con Roma, Rocky y también con Boris. Los mirábamos y era como si a través de ellos hiciéramos un curso acelerado de vida familiar.

Yo me sentía cada vez más parecida a mi madre. Cuando preparaba milanesas, por ejemplo. Batía los huevos con ajo y perejil, empanaba la carne y sentía que ella se apoderaba de mis movimientos. La había visto tantas veces en la cocina frente a la mesada con el pelo a medio atar, el pantalón de jogging caído, callada y seria, como meditando después de un día de trabajo, que ahora, cuando yo hacía las milanesas por primera vez, descubría no solo que tenía más cosas en común con mi madre de las que creía, sino que me daba cuenta de todo lo que la había observado.

La provisión de alimentos fue una dinámica que tuvimos que aprender. Los factores que intervenían en una operación más o menos feliz tenían que ver con encontrar el horario con menor cantidad de

gente en el supermercado y comprar la cantidad de verdura necesaria para que no se pudriera en la heladera. Con el tiempo descubrimos que el almacén de los chinos tenía más barato el vino, pero no el queso crema; sumado a que existe el mito de que a la noche desenchufan las heladeras, lo comprábamos en el súper.

Esos secretos nos parecían fundamentales para nuestra supervivencia. En cuanto a los arreglos de la casa, conseguir una cortina para el baño nos implicó más de dos visitas a la ferretería —el barral no se fijaba, los ganchos se trababan—; si comprábamos sábanas para la cama, nos confundíamos de tamaño; la tapa del inodoro iba a estar suelta por varias semanas hasta que finalmente me diera cuenta de que si no la arreglabas era porque no sabías cómo hacerlo. Yo, menos.

A la redacción llegaba siempre última. Trabajaba bajo una luz blanca de sala quirúrgica escribiendo artículos que jamás hubiera leído. Cuál es la sombra que mejor combina con el color de tus ojos. Apuesta a una nueva espiritualidad. Crimen en un country. La revista eran páginas y páginas que se empeñaban en dar consejos para detener el tiempo con sus secciones de cosmética, de decoración y de psicología. Las tardes de oficina se hacían eternas y no veía la hora de irme.

En la redacción había una sola ventana. Estaba al fondo del fondo del pasillo y se veía la copa de un árbol que me hacía pensar en todo lo que me estaba perdiendo afuera. Sentía pena por mis horas pagas e improductivas que no me llevaban a ninguna parte, ni siquiera a financiar mi incipiente vida como adulta. ¿En esto consistía crecer?

Una vez me mandaron a hacer una nota a un barrio humilde por la zona sur. A una nena de cuatro años se le había caído la estructura de la hamaca sobre la cabeza y murió. Fui con un fotógrafo especialista en policiales, que había visto varios muertos en su vida; eso me tranquilizó. Cuando llegamos, los vecinos estaban congregados en la plaza y el lugar del accidente estaba rodeado por una cinta de peligro. Apenas los vi, prendí el grabador para que me contaran qué había pasado. Parecía que esos juegos nunca habían tenido mantenimiento y el fuerte temporal de la noche anterior había terminado por desajustarlos. Pregunté por los padres de la pequeña y me señalaron una casa enrejada en la esquina de la plaza. Fuimos con el fotógrafo y desde la reja vi a un hombre mirando el piso rodeado de sus parientes. Antes de atinar a tocar el timbre, la tía de la nena salió a la puerta y nos dijo que por favor no interrumpiéramos el duelo, que lo que había pasado estaba a la vista, y nos mostró una foto de la nena que le habían sacado la semana anterior. Tenía una sonrisa preciosa. ¿Qué importancia podía tener una nota cuando se acababa de morir su sobrina? Volvimos con el corazón destrozado y sin más información

que la que pude haber juntado sin moverme de mi escritorio. Mi conmoción era tal que me fui sin siquiera haber preguntado el nombre completo de la nena. Nunca más me mandaron a hacer notas de alto impacto.

Vos habías empezado a estudiar cine en San Telmo. Para cruzar la capital te camuflabas con el objetivo de esconder tu germanidad y de que nadie pudiera pensar que en ese bolso azul llevabas una cámara. Te ponías un pantalón gris mugriento, un pulóver con agujeros y una campera gris amarronada que te había regalado un amigo porque ya no le iba. Las tardes que no cursabas, te quedabas en casa leyendo los libros que sacabas del Instituto Goethe. Acá descubriste la literatura alemana. Mirabas películas «bue-ní-si-mas» bajadas de Internet sentado en tu «trono», como le pusimos a ese sillón rodeado de todo lo que te gustaba: tus libros, tus películas y los gatos.

A Boris lo sometías a un entrenamiento eficaz pero duro que consistía en no perdonarle nada, para que de adulto se convirtiera en un perro libre y feliz. Lo paseabas por el barrio sin correa, pero atento si llegaba a la esquina y no se sentaba; lo agarrabas de las orejas si se metía con vos en el supermercado o si intentaba entrar al cajero cuando ibas a sacar plata y no se quedaba esperándote en la entrada.

Las noches de verano hacías asado. Nunca vi a alguien hacer asados

con tan poco esfuerzo. Ponías la bolsa de carbón entera en la parrilla adentro de un cajón de madera, la encendías y la mirabas consumirse por una hora y media sentado en la reposera, leyendo y fumando. Una vez que el fuego estaba listo, ponías dos chuletitas de bife de chorizo que quedaban quemadas por fuera y crudas por dentro.

Como estudiabas cerca de mi trabajo, a veces nos encontrábamos a almorzar. Cuando te veía, trataba de darte un beso con lengua en la calle, me parecía divertido chapar en una esquina como los adolescentes que estábamos dejando de ser. Lo intenté varias veces, pero vos te negabas sistemáticamente. Solo querías besarme con lengua cuando cogíamos, y ahí yo prefería besos suaves, que me rozaran, como si casi no me estuvieras besando; ahí me gustaba que hiciéramos como si, que nada fuera demasiado real para dejar lugar a la fantasía, me excitaba el borde, el límite entre saber y no saber lo que estábamos haciendo, la posibilidad de todo lo que podría suceder, tu respiración en mis ingles, tu nariz rozando apenas mi pubis hasta avasallarlo cuando yo ya estaba del otro lado. Pero en esas esquinas de Paseo Colón nos despedíamos con un beso seco y triste.

Cuando volvía a casa a la noche después de la facultad, los platos del desayuno seguían sin lavar y la cama deshecha. Vos habías hecho las compras y te ponías a cocinar al verme entrar. Terminábamos comiendo, con suerte, a la medianoche, alumbrados por una vela. Nunca prendíamos la luz del techo y por las noches nos quedábamos en penumbras iluminados por algunas lámparas de pie y veladores.

En la cena, yo te hacía un repaso de todo lo que había hecho en el día y vos asentías. A esa hora ya no podías aguantar más que te hablaran en español. Pero poco a poco tu español se fue volviendo más fluido; tu pronunciación, menos rocosa. Aprendiste a hablar con mis relatos, hablabas con palabras mías, el castellano se estaba volviendo una lengua tuya. De repente traías palabras que yo no solía usar (guacho, guita, morfi), que delataban por dónde o con quién habías andado. Fuiste mi proyecto de escritura, desde el principio. Creábamos un lenguaje para esa nueva forma de vida.

Después de cenar, salíamos a pasear a Boris para bajar la comida. Caminábamos como una hora rodeados del aroma de las flores. Escuchábamos aullar a los perros y veíamos las calles de adoquines terminar en curva.

Tu mamá te vino a visitar y se fueron de viaje juntos a Ushuaia. Navegaron a través del estrecho de Beagle en un barco de carga que llevaba mercadería de un puerto argentino a uno chileno. El capitán decía que no se podía prever el tiempo porque cambiaba constantemente, así que no le quedaba más remedio que subirse al

barco y confiar que el clima lo dejara llegar. Por la noche, la marea cubría las ventanas redondas del camarote y la tormenta los hizo saltar de las cuchetas. No tuvieron miedo, porque si morían iba a ser juntos surcando los mares del fin del mundo. En Tierra del Fuego alquilaron un auto y caminaron por los bosques. Buscaban hojas y piedras con formas diferentes. Les sacaste fotos a los hongos que crecían en el suelo y a un tronco con forma de persona apoyado sobre el canto rodado. Caminaron por la playa con el viento en contra, tomaron frío a propósito, para después meterse en una cafetería y pedir un merecido té con torta.

Ese primer verano nos fuimos a un pueblo en Traslasierra, Córdoba. De distraídos, no nos dimos cuenta de que era plena temporada alta y el río desbordaba de gente. Paramos en un bar y compartimos una milanesa a la napolitana. Agarramos nuestras cosas y nos tomamos otro micro a Catamarca para ir a un pueblo tranquilo que nos había recomendado una amiga. Llegamos a San Fernando de noche y de ahí nos tomamos otro micro hacia nuestro destino final, al que llegaríamos al amanecer. A las siete de la mañana nos despertamos y abrazados vimos el sol sacar chispas a la aridez del desierto.

25 DE AGOSTO TOUR S.R.L.
JUNTOS EN EL CAMINO!!!

TRANSP. DE PASAJEROS
MONSEÑOR R. D'AMICO 385
TEL. (03833) 453600
(4700) S. F. V. DE CATAMARCA
C.U.I.T. 33-70818048-9
Ing. Brutos N° 46415
Inicio de Act.: 16/12/02

ORIGEN	DESTINO		
Catamarca	Londres		
FECHA VIAJE	HORARIO	ASIENTO	
25/01/08	6:00	14	
SERVICIO		SE ANUNCIA A	
Común c/aire		BELEN	
NOMBRE PASAJERO		TIPO Y N° DOCUMENTO	
[redacted]		[redacted]	
[redacted]			
FECHA DE EMISION	VIAJA POR EMPRESA		
25/01/08 05:46:54	25 De Agosto Tour S.R.L		
N° BOLETO	IMPORTE	CAJA	
001-49574	$ 18.00	SFV 539	

PASAJERO 0010049574

Después de dos días de viaje, finalmente empezábamos a sentir que habían llegado nuestras vacaciones. Hasta que de repente el micro paró. Subieron unos gendarmes y te hicieron bajar porque querían revisar tu mochila. No encontraron nada hasta que una gendarme subió de nuevo al micro con un perro y dentro de tu buzo apareció una tuca de marihuana. Nos hicieron bajar con nuestras cosas y el micro siguió su ruta. En una casilla en medio del desierto, alguien había dibujado una hoja de chala gigante. De espaldas al grafiti, el gendarme a cargo del operativo hizo una prueba química para comprobar que lo que llevabas era porro. Parecía un chiste. Dio positivo y te esposaron en el desierto. Nos llevaron en una camioneta a un pueblo que nunca habíamos escuchado: Tinogasta. Te metieron en una celda con una chica que estaba ahí desde hacía dos días por

tener hongos en una botella. Al mediodía te llevaron al hospital para verificar que habías entrado sin golpes y te pasearon esposado por el pueblo como si hubieras matado a alguien. En un momento empezó a llover y las calles se convirtieron en ríos torrentosos. Logré comunicarme desde mi celular al número de emergencia de la Embajada de Alemania que estaba en la *Lonely Planet* , que me había parecido una ridiculez cargar. Les conté la situación y empezaron a llamar al destacamento para apurar el trámite. Los gendarmes nos decían que teníamos que esperar a que el juez diera la orden de liberación desde la capital, pero después de doce horas el juez se había retirado y no volvería hasta el lunes. Era viernes y a las nueve de la noche apareció la única abogada del pueblo con firma, que podía evitar que pasaras todo el fin de semana encerrado. Llegó con un vestido de raso violeta y tacos altos porque se estaba yendo al casamiento de la prima. Nos cobró lo que llevábamos para gastar esa semana, pero nos permitió quedarnos a dormir en su estudio. Compramos una pizza, tiramos las bolsas de dormir en el piso y te abracé temblando. Al otro día, la abogada nos llevó a pasear en su camioneta, almorzamos con sus parientes las sobras del casamiento y conocimos los viñedos y las minas de la zona. Subimos cerros semidesérticos a caballo y respiramos el aire más puro de nuestra vida.

11

Unos meses después de cumplir los treinta, me dijiste que te volvías a Alemania. Que ya habías terminado la maestría y tus padres no te iban a seguir bancando. Necesitabas trabajar y acá las cosas eran muy difíciles: no había estabilidad económica, la dirigencia política era impresentable, los diarios mentían, los trenes no funcionaban. Todo muy general, como un turista que ya se pudrió de viajar y quiere volver a casa. Comparabas la potencialidad del euro contra el peso y me dejabas sin argumentos. Me decías que me tenía que animar a despegar, que vivir afuera y aprender otro idioma son dos de las experiencias más importantes de la vida. Me pedías que me fuera con vos. Tus padres se ofrecieron a pagarme el pasaje en avión y nos invitaban a festejar la Navidad y el Año Nuevo en Amrum, una isla a la que ibas en los veranos de tu infancia en el Mar del Norte. Los requisitos para sacar a Rocky y Roma del país eran muchos, aunque no imposibles de cumplir, y el contrato de alquiler de la casa vencía a fin de año. Boris se podía quedar al cuidado de mi padre, así de paso sentía menos mi ausencia.

Te fuiste en septiembre y decidimos que yo me iría en diciembre. En esos tres meses ibas a aprovechar para buscar trabajo en el mundo del cine. Tu experiencia cinematográfica se reducía a un corto sobre la relación entre los hombres y los animales que había sido elegido para participar en un festival de cine de estudiantes. Sabías castellano y tenías una cámara que grababa con casete.

Metiste ropa que nunca usaste en cajas de cartón e hiciste pilas de VHS con tus primeras imágenes. Ahí estoy yo depilándome las axilas, dormida en la reposera, friendo milanesas con la forma de Argentina. Aparecemos los dos haciendo burbujas en la pelopincho. También están los animales: Boris y Rocky cazando un ratón y Roma pensativa en la medianera.

Dejaste una caja de libros, ropa agujereada, zapatillas con la suela rota, muchos filtros de cigarrillos para armar y tu registro de conducir en el bolsillo de una campera que encontré años más tarde.

Para costear los gastos de la casa, durante esos meses viví con Sofía, a quien conocí a través de la amiga de una amiga. Tenía un papá policía y una mamá con la que no se parecían en nada: ella era alta y rubia, y su madre, bajita y de pelo oscuro. La trataba con cierto aire de cariño y la primera vez que la vi me pareció mala como una madrastra. Sofía abandonó su cuarto celeste frío en un departamento

amplio de Belgrano y se vino a vivir a Flores conmigo. La sentí como escapando de algo, más que empezando algo nuevo, pero estuvo bien igual. Estudiaba psicología y había conseguido trabajo en una fundación que se ocupaba de chicos discapacitados en Morón. Sus relatos eran espeluznantes porque veía cosas como alguien que sale al mundo por primera vez. Encontraba la extrañeza en las rutinas más alienantes. La casa estaba más linda, siempre ordenada, olía a incienso y aprendí a cocinar con semillas.

Vos vivías entre la casa de tus amigos en Berlín y la de tus padres. Te cortaste el pelo bien corto y te sacaste una foto en la casa de fotografías de tu pueblo para adjuntar a tu CV. Saliste con cara de miedo, como un animal a punto de ser atacado. Mandaste como cuarenta CV, me dijiste. En la mayoría de los casos no te respondieron, y si lo hicieron, fue para decirte que no estaban contratando gente nueva. Lo sabías: tu maestría de documentales en un simpático país a miles de kilómetros no conmovía a nadie.

Querías hacer películas, pero cada vez que hablábamos, me enumerabas todos los argumentos que habías encontrado para no hacer lo que te habías propuesto. Porque el cine en Alemania era financiado solo por la televisión y contrataban nada más que proyectos afines, es decir, mediocres, entonces ibas a terminar a los sesenta con cuatro películas que nadie habría visto, en un departamento oscuro, editando videos de fiestas de casamiento.

Una tarde, antes de irme del trabajo, te extrañé tanto que te llamé a lo de tus padres. Allá serían las once y estaban todos a punto de dormir. En vez de tomarlo como un gesto de la intensidad desesperada de nuestro amor y que justificaba todos esos trámites por delante, me dijiste que era una desubicada.

—Vas a despertar a todos, se van a preocupar. Si no te atiendo por Skype, es porque no puedo o no quiero hablar, y eso lo tenés que respetar.

Te corté y me puse blanca. Una amiga de la redacción me preguntó si me pasaba algo. Le sonreí, le dije que todo estaba bien y me volví a casa.

Al otro día me mandaste un video por mail. Estás andando en bicicleta por tu pueblo. Es un día lluvioso y gris, pero no tan frío porque llevás una campera liviana. De fondo, se ve el campo, todo verde, completamente sembrado. Allá, los campos no llegan al cielo. Es un territorio parcelado, abarcable con la mirada, a escala humana. Con un territorio así es muy fácil matar a Dios, pensé. No hay vacío en el campo alemán. En el video se ve el campo y tus piernas pedaleando. Te cruzás con una pareja andando en bicicleta, una abuela caminando

con su nieto vestido con un piloto amarillo, unos policías metidos en la zanja con sus perros. Son las cuatro de la tarde y la niebla está baja. Unos diez cazadores están parados en la ruta frente a la arboleda con sus uniformes y botas altas esperando su presa con el arma en alto sobre el hombro. ¿Qué esperan realmente? Al final del video te filmás la cara. Estás con la nariz congestionada por el viento y los ojos tristes. Pero me mirás y sonreís, una vez más, diciendo: «Venite».

Los primeros dos años y medio de nuestro amor entraron prolijamente en quince cajas. La heladera, la mesa, las sillas, la cama y la lámpara con forma de timón se las dimos a un amigo. Los sillones los devolví al Ejército de Salvación.

Ejército de Salvación
Servicios Sociales Escudo Rojo
CUIT: 30-50020953-0
Ingresos Brutos: No Contribuyente
Inicio de Actividades: 14/02/1914

Av. Sáenz 580 - Capital Federal
Tel.: 4911-0781/7585/7561
Fax: 4912-0677

Nº de Talonario: 58378

Fecha: Lunes, 14 de Diciembre de 2009

Dirección: [redacted]

Teléfono: [redacted] Zona: FLORES

Fecha de Retiro: Sábado, 19 de Diciembre de 2009 Turno: TARDE

Donante: [redacted]

Donación: 2 SILLONES 1 CPO

Muchas Gracias por su Donación:

AGUIRRE
Chofer

Me pediste que llevara los tazones rayados para generar continuidad y eso hice. Las cajas con libros y cacharros de cocina aguardaron años en el altillo de mis padres.

Rocky y Roma fueron a la bodega del avión con un pin incrustado en la piel del cuello. Cargué dos valijas de veintitrés kilos en las que había puesto dos camperas, tres pulóveres tejidos por mi abuela, dos pares de botas y unos diez centímetros de apuntes que necesitaba para terminar la facultad, desperdigados entre la ropa interior. Había estudiado un año de alemán. Sabía saludar en todos los momentos del día, cómo se decían las estaciones del año y empezaba a entender la lógica de los números. Llevaba todos mis ahorros: quinientos dólares.

En el avión conocí a Ronnie, un noruego de cuarenta y tres años, de un metro noventa y bronceado parejo; en el antebrazo derecho tenía tatuado un ideograma chino que significa «amor incondicional».

Trabajaba en una plataforma de extracción de petróleo brasileña. Me contó que la comida les llegaba en helicóptero y que en helicóptero trasladaron a su amigo cuando una máquina le cortó la pierna. Trabajaba cuatro meses y volvía dos a ver a su familia. Tenía dos hijos muy rubios que me mostró por fotos. Me dijo, también, que volvía a Noruega a casarse por segunda vez.

Cuando llegué al aeropuerto de Düsseldorf, eran las cinco y media de la tarde y ya era de noche. En la sala de retiro de equipaje no había gente, solo valijas que iban y venían alrededor de las cintas de descarga. No encontraba a los gatos. Hasta que al fondo, contra una escalera mecánica, vi los caniles. Rocky y Roma estaban tranquilos.

Puse las valijas y los gatos en un carro y salí. Me estabas esperando con una campera con una capucha con borde de piel, que me pareció exageradamente abrigada. Parecías un esquimal listo para perseguir osos polares. No podía imaginar que hiciera tanto frío en el planeta Tierra.

Afuera me esperaba la noche más larga y oscura que jamás había vivido. Desde el auto vimos a una pareja de viejos paseando por las calles cubiertas de nieve a un perro con un collar de luces. Después de media hora, llegamos a una casona de campo del siglo XVII adonde íbamos a dejar a los gatos hasta después de Año Nuevo. El portón de entrada era de madera y, en el frente, el techo terminaba con dos dragones cruzados como espadas. El resto de la fachada era de ladrillo. Cuando abrí la puerta del auto para salir, arrastré nieve. El silencio de esa noche me lastimó los oídos. Tocamos una campana y entramos. Nos recibió un hombre grandote y panzón con barba blanca. Adentro de la casa estaba la chimenea prendida y hacía calor. El hombre estaba en camiseta y pantuflas. Hablaba mucho. O eso era lo que me parecía a mí, que no entendía nada de lo que decía. Me miraba de costado, como tratando de adivinar aquello que me hacía diferente.

Dejamos los gatos en una habitación vacía y alfombrada en la que había una ventana por la que se veía la oscuridad total y nos fuimos.

A la mañana siguiente nos levantamos a las seis. Afuera seguía siendo de noche. Habían pasado doce horas desde mi llegada y aún no había visto la luz. Fuimos en auto hasta el puerto de Dagebüll, bien al norte de Alemania, para cruzar el mar en ferry en un viaje de hora y media. El barco era una gran cafetería con olor a salchichas a la parrilla y chucrut.

Si bien la tierra presenta algunas diferencias de aspecto, en general es horrible a causa de los bosques salvajes, o fea por los pantanos, más húmeda hacia las Galias, más ventosa hacia el Nórico y la Panonia; fértil para los sembrados,

incapaz de dar árboles frutales, abundante en ganado, pero este en general de baja estatura.

En Amrum tus padres nos habían alquilado una casa para nosotros solos y me habían dado una campera rosa bebé de una tía tuya que nunca conocí y que aumentaba mi masa corporal en un cincuenta por ciento. Además de la campera, tenía envuelto el torso con una camiseta térmica de manga larga, una polera y tu pulóver noruego de lana de oveja cien por ciento natural que habías comprado en el Maueropark. Debajo de los pantalones de corderoy llevaba unas medias largas de lana, medias térmicas tres cuarto y botas. Arriba de toda esa ropa me puse una bufanda, unas orejeras azules que me habían regalado mis padres en una Navidad que pasamos en Nueva York cuando tenía ocho años, una bufanda, un gorro de lana de llama que me había comprado en un viaje a Jujuy y unos guantes de tu hermana que parecían manoplas para sacar fuentes calientes del horno. Me sacaba la campera, el gorro, la bufanda, los guantes, todo al mismo tiempo, y quedaba con unos quince kilos menos, un rodete mal peinado y unas ojeras que hasta ese momento no sabía que me podía producir el invierno.

Y el vestido de la mujer no es distinto del masculino, salvo que las mujeres se cubren más a menudo con mantos de lino, y los tiñen de púrpura y no extienden la parte superior de la prenda en mangas largas, desnudas en los antebrazos y brazos, sino que incluso queda a la vista la parte superior del pecho.

En «tu lugar en el mundo», como llamabas a esa isla, la neblina era tal que si estirábamos los brazos no llegábamos a vernos las manos y quedábamos amputados. En el primer paseo, bordeamos la costa por un camino rodeado de pastizales. El mar era de color negro y estaba quieto, como empetrolado. Nos movíamos más lento que de costumbre, me sentía flotar. Por qué el hombre quiso alguna vez conquistar este territorio, cómo le dieron ganas de hacerlo su hogar, pensé.

Para llegar al mar abierto había que atravesar un paisaje lunar. Sobre unos médanos áridos casi blancos pusieron unos puentes de madera que lo cortaban de forma transversal. Esas estructuras me hacían sentir menos sola: establecían un orden en ese caos natural, trazaban un camino, una dirección; si alguien quiso pasar antes por ahí, valdría la pena. Caminamos contra el viento, a veces agarrados de la mano; otras veces ibas delante de mí, cubriéndome. Allá, donde se ve esa línea blanca, señalaste, está el mar.

A la vuelta, esperamos el bus en una parada semiurbana. Unas nenas hablaban en Öömrang, el dialecto de la isla, y hacían equilibrio sobre monopatines con unas camperas livianas de colores estridentes. Se colgaban de los barrales con los brazos y tenían los cachetes colorados. Competían entre ellas, el frío no les importaba, estaban aprendiendo a sobrevivir en el cosmos.

En la habitación, prendiste la tele y te pusiste a ver un partido de la Champions League. Yo me senté en la cama, prendí la computadora y vi a mi papá conectado a Skype. Lo llamé y me atendió. Primero escuché su voz y luego lo vi antes de que él pudiera verme a mí. Le noté una ansiedad que no le conocía tratando de conectar todos los dispositivos. El sol entraba por el balcón del living de casa, quemaba la imagen. Estaba en cuero y bermudas. Me dijo que a las once de la mañana la temperatura había llegado a los cuarenta y dos grados y que recién había vuelto de comprar el matambre para cocinar a la noche y casi se derrite. Parecía contento de verme. Yo asentía, le sonreí varias veces. Si hablaba, me quebraba.

A las seis salimos para pasar la Navidad en la cabaña de tus padres. Caminamos diez minutos contra el viento. Tu papá estaba afuera con una especie de secador de piso sacando la nieve acumulada sobre el parabrisas del auto antes de que se congelara. Tu mamá y Sarah ponían la mesa. Cenamos salchichas con puré. Los platos fuertes se comen el 25, pero yo no lo sabía, así que sentí cierta angustia. A las doce abrimos los regalos. Yo te regalé el *I Ching* en español para

probar nuestra suerte en esta nueva etapa, y vos, una bolsa de agua caliente y un libro de cocina tradicional alemana. Tu mamá te regaló un rompenueces y a mí dinero para comprarme mi bicicleta República Argentina, una Rabeneick celeste y blanca del 89 que encontramos semanas más tarde en el Maueropark por solo cincuenta euros.

A las doce fuimos a ver los fuegos artificiales al cementerio antiguo que tenía tumbas con cadáveres de marineros del siglo XVIII . Disfrazados de marcianos azules, los lugareños se apoyaban sobre las lápidas a brindar con cerveza. Había luna llena. A la vuelta, te hice un comentario sobre el aspecto práctico de los regalos. Me dijiste que lo de la bolsa era un chiste y que el libro de cocina era para que yo eligiera el plato que me ibas a preparar.

13

Viajamos a Berlín en un auto alquilado con los gatos y todas nuestras cosas. Íbamos a ochenta kilómetros por hora en el mejor de los casos. La nieve golpeaba contra el parabrisas como peces que venían a darnos un beso. Rocky estaba tranquilo, pero Roma maulló las nueve horas de viaje. Cada tanto parábamos en una estación de servicio donde vos ibas a hacer pis a la intemperie. Te llevabas bien con ese clima, caminabas como si estuviera templado. Para mí te habías convertido en un extraterrestre del planeta del hielo. Te esperaba en el auto tomando café caliente que llevábamos en un termo. Vimos pasar camiones de Noruega y Holanda. Eran amarillos, naranjas, rojos y quebraban el gris del cielo. En la radio alternábamos entre música clásica y el informativo de tránsito que cada tres sonidos repetía la primera palabra que aprendí estando allá, «*Stau* », embotellamiento. Debido a la nieve había cola de autos por más de cinco kilómetros. Te miraba concentrado al volante, haciéndote cargo de un lugar que te demandaba una responsabilidad para la que no sabía si estabas preparado. Valoré un esfuerzo que nunca te había visto hacer, pero te veía incómodo, como si la ropa te quedara grande.

BUNDESREPUBLIK DEUTSCHLAND

D

Internationaler Kraftfahrzeugverkehr

Internationaler Führerschein

Nr. [redacted]

Übereinkommen über den Straßenverkehr vom 8. Nov. 1968

Gültig bis 04.04.2014

Ausgestellt durch Bezirksamt Friedrichshain-Kreuzberg von Berlin

in Berlin

am 05.04.2011

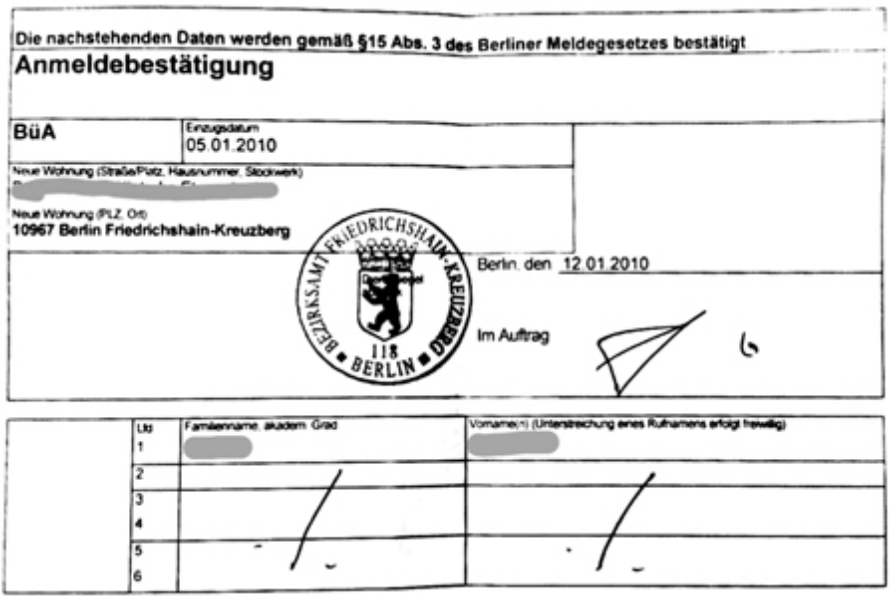
Nummer des nationalen Führerscheins [redacted]

En Berlín nos fuimos a vivir a Kreuzberg, a un departamento de dos ambientes que nos subalquilaba Ginger por cuatrocientos euros. Él se había ido a vivir a lo de una chica cuando ella quedó embarazada, a los tres meses de conocerse. Nos dejó la casa con todas las cosas, como si se hubiese ido de urgencia. En los cajones del placard había ropa sucia; en la heladera, comida vencida; en la puerta de entrada al living dejó pegada una foto de su padre vestido como un jeque árabe en el desierto.

Estábamos en un quinto piso y teníamos dos ventanas desde las que veíamos el patio interno del edificio donde estaban estacionadas las bicicletas cubiertas por la nieve. Lográbamos ver una porción mínima de cielo; sin embargo el departamento era luminoso. Pese a ser chico, decidimos dividirlo en dos jurisdicciones. La tuya incluía el living y la cocina, donde podías fumar y dejar la ropa tirada en el piso sin que yo

pudiera decir nada; mi área, libre de humo, correspondía al cuarto y al baño, que me encargaba de limpiar.

Rocky y Roma se adaptaron bastante rápido al nuevo hogar. Se trepaban a la biblioteca como si fuera un árbol, les maullaban a los cuervos que veían pasar por la ventana y dormían la siesta encimados sobre el alféizar. Nos dimos cuenta de que la imaginación es un recurso muy útil para soportar los momentos malos, incluso para los animales.



Die nachstehenden Daten werden gemäß §15 Abs. 3 des Berliner Meldegesetzes bestätigt

Anmeldebestätigung

BüA	Einzugsdatum 05.01.2010

Neue Wohnung (Straße/Platz, Hausnummer, Stockwerk)

Neue Wohnung (PLZ, Ort)
10967 Berlin Friedrichshain-Kreuzberg

BEZIRKSAMT FRIEDRICHSHAIN-KREUZBERG
II 8
BERLIN

Berlin, den 12.01.2010

Im Auftrag

Lfd	Familienname, akadem. Grad	Vorname(n) (Unterstreichung eines Rufnamens erfolgt freiwillig)
1		
2		
3		
4		
5		
6		

Te compraste un pantalón negro y te prestaron unos zapatos de cuero. A veces trabajabas como mozo para el catering de eventos y otras te contrataban como agente de seguridad de las proyecciones de películas para prensa. Tenías que cuidar que el proyectorista no se las copiara y las subiera a YouTube. En la cabina te sentabas a leer un libro. Me decías que esas películas ni siquiera valían la pena ser vistas, y además, una cosa es trabajar y otra ser buchón.

Para el trabajo y las obras no tienen la misma paciencia, y soportan poquísimo la sed y el calor, pero están acostumbrados, por el clima y el suelo, a los fríos y al hambre.

A la semana, me compré un celular y me ayudaste a redactar unos cartelitos en los que me ofrecía como *babysitter* . Tenían una foto mía con una sonrisa divina que me habían sacado en la fiesta de fin de año de la redacción. Decían: *Ich bin eine 25-jährige argentinische Journalistin*

und Literatur Studentin und wohne jetzt in Berlin. Ich spreche Spanisch, Englisch und ein bisschen Deutsch. Ich glaube, dass Babysitting eine gute Chance für dein Kind ist, eine andere Sprache kennen-zulernen . («Soy una argentina de 25 años, periodista y estudiante de literatura y vivo en Berlín. Hablo español, inglés y un poco de alemán. Creo que esta puede ser una buena oportunidad para que su hijo aprenda otro idioma.») El anuncio nos daba mucha gracia. Abajo estaba mi número de celular y mi mail. Saqué fotocopias que llevé a diferentes tiendas de ropa para chicos de la zona.

Empecé a tomar clases de alemán en la Volkshochschule, una escuela pública que quedaba a quince minutos de casa caminando y costaba mucho menos que un instituto privado. Me pusieron en un curso intensivo para principiantes avanzados; cursaba de lunes a viernes de 9 a 12:45. Me levantaba a las ocho y cuarto. La cama estaba calentita, pero la casa congelada porque antes de irte a dormir abrías las ventanas de par en par y apagabas la estufa. Entonces amanecía a los gritos. Te decía que si te daba culpa fumar, dejaras el cigarrillo; te reías.

> *Y que la mujer no se crea por fuera de los esfuerzos por las acciones valientes y de los avatares de la guerra, con esos mismos símbolos del incipiente matrimonio se le recuerda que ella viene como compañera de esfuerzos y peligros para padecer y osar lo mismo que el marido en la paz, lo mismo en el combate: esto anuncian los bueyes uncidos, el caballo aprestado, las armas entregadas.*

La nieve a veces me hacía sentir que, en vez de encontrarme en una ciudad, estaba en la mesa de un repostero. Los autos parecían bañados de crema pastelera y las ramas de los árboles, barritas de chocolate amargo tamizadas con azúcar impalpable.

Cuando caminaba, pateaba la nieve como si fuera arena, pero cuando las calles estaban congeladas, tenía que arrastrar los pies para no resbalarme. No todas tenían piedritas antideslizantes. Había muchos accidentes y los helicópteros pasaban a rescatar a los heridos para llevarlos al hospital. Las demoras en la sala de urgencia, decían los diarios, solían ser de más de ocho horas.

Mi visibilidad quedaba recortada por la capucha de la campera y la bufanda y no lograba ver más de un metro a la redonda. Al cruzar el canal veía cómo los cisnes acercaban sus cuellos para darse calor hasta que alguien les tiraba alguna rodaja de pan viejo y se desarmaban. Una vez, camino a la escuela decidí sacar fotos del paisaje. Cuando después las vi, no pude creer lo hermoso que era el lugar donde vivíamos. La cámara amplió mi percepción y vi cosas que nunca había

visto por el apuro y la cara cubierta de ropa. Era raro que eso tan distinto a lo que estaba acostumbrada se volviera parte de mi rutina.

En el curso tenía cinco compañeras turcas, todas madres; iban con el pelo cubierto por pañuelos con diferentes motivos de colores y eran muy simpáticas. También estaba Robin, una norteamericana rubia de ojos azules, muy alta, con look de vedette. Alimentaba a su gato con alimento balanceado bio, le daba medicamentos homeopáticos y lo sacaba a pasear con correa. Dimitris era un griego que siempre tenía muchos mocos y se los tragaba. Louise, una artista francesa que siempre andaba apurada, tenía un novio alemán que su abuela, que había vivido la ocupación nazi de París, no podía aceptar. Natsuyo era japonesa y tenía un perro al que le ponía zapatos para sacarlo a pasear. Me mandó unos tutoriales de YouTube para aprender a quitarle las espinas al pescado. Raquel era española y trabajaba haciendo tours en el campo de concentración de Sachsenhausen y también de payasa en la Puerta de Brandenburgo. Karl, un albañil croata, llegaba siempre temprano y se copiaba la tarea. Yo trataba de sentarme cerca de él. Había algo en ese hombre que me hacía sentir en casa. El color de su piel rosada, su risa estruendosa. También estaba Edith, una cubana madre de tres hijos, que se la pasaba quejándose de ellos y de su marido; una familia que, más que una bendición, se había convertido en una trampa. Yo sufría el frío el doble al verla.

Nuestro profesor se llamaba Wolfgang. Era severo pero nos tenía mucho cariño. Nos decía que el Estado se jactaba de la inclusión de los inmigrantes al sistema a través de las becas que les otorgaba para que hicieran un curso de idioma, pero ellos, los profesores, no tenían ningún tipo de seguridad laboral: eran contratados, no recibían aguinaldo ni vacaciones. Lo veía como alguien que había seguido su vocación, pero con los años se le había vuelto un castigo, y ya era demasiado tarde. Me gustaba porque pronunciaba mi nombre separando las sílabas y alargando las vocales como si yo fuera una actriz de la televisión italiana.

En la clase nos sentábamos en U. Yo me ponía frente a la ventana. A veces me distraía mirando los cuervos negros saltar sobre las ramas de los árboles, que de tan peladas parecían las manos inertes de un brujo. Una mañana, mientras Wolfgang escribía en el pizarrón la conjugación del verbo *sein* en pasado, una rama se iluminó. Y después otra, y otra más, hasta que por detrás apareció el sol. Señalé la ventana enmudecida. Wolfgang me vio con el brazo suspendido en el aire y miró hacia afuera. Nos quedamos todos unos segundos contemplando el milagro. Desde que había llegado a Berlín no había vuelto a ver el sol. De repente, me agarró una profunda tristeza. El sol no pertenece a este país, pensé. Yo tampoco. Acá el sol y yo somos

igual de extranjeros.

HAUSAFGABE
Das Leben in Deutschland

Ich habe in Berlin für eines und halbes Jahr halb gewohnt. In Buenos Aires, habe ich ein langweilig Arbeit gelassen und ich hatte lust auf ein neue Land kennenzulernen so als ein dritte Sprache lernen.
Ich hatte kein Plan und nicht so viel Geld. Dass ist nicht ein gute Kombination, aber ich habe das später gemerkt. Als ich kein gute deutsch sprechen konnte, musste ich mit meiner mutter Sprache arbeiten. Ich habe als *babysitter* gearbeiten für Kinder, die seine Mutter kam aus Argentinien. Ich habe auch viele Latte Macchiatto für ein paar Cafes gemacht und ich habe mehr als 5 hunderd Jacket in einen Bügel abgehangt in der Garderobe von ein Club das heisst CASETE.
Ich hasste mein Jobs. In Buenos Aires habe ich als Journalistin gearbeitet und ich brauchte mein Sprach mehr als nie. Ich habe genug Geld verdienen zu überleben und in Deutschland man braucht nicht so viel Geld Glücklich zu sein. Man kan Fahrrad fahren, sitzt aus dem viele vershiedene Parks und alles was ziemlich neu für mich. Aber ich habe mein Familie und Freunden viel vermissen. Ich habe viele verschiedene neue Dinge gemacht aber konnte mit niemand teilen. Das Leben in Ausland ist ein bisschen Einsam.

A la vuelta a veces me cruzaba a una viejita que iba a hacer los mandados con un tapado de piel negro, una boina roja y una bolsa de tela. Estaba siempre sonriente. Había visto cosas peores que el invierno. Me parecía que los viejos eran los que mejor se llevaban con el clima. Podía nevar, pero ya no se oían las bombas. Era como si supieran que todos los inviernos eran igual de largos y fríos; no como los jóvenes, que creemos que el presente es siempre peor.

A los niños también les gustaba la nieve. A la mañana caminaban por la calle rápido como un ejército de soldados enanos e insensibles impulsados por la misión de la escuela. ¿Para las nenas ser linda es importante? Si les gusta alguien, ¿cómo se lo demuestran? ¿Las nenas y los nenes se hacen amigos entre sí? ¿Cuál es el peinado de moda? ¿Siguen las modas? ¿Las nenas son celosas, escriben en el diario íntimo, se pelean por la cartuchera? ¿Los varones les regalan bombones a las nenas que les gustan? ¿Cambian figuritas? ¿Saltan a la soga?

Cuando volvía a casa, ya no quería salir más. El frío me agotaba. Comía en general sobras de la noche anterior, y chequeaba los mails. A las dos de la tarde mi día ya había terminado mientras que en Argentina todos estaban recién amaneciendo. Me gustaba sentir que vivía cuatro horas más que el resto. Empecé a escribir un blog. En una de las entradas, traté de copiarme del cuento «Cómo convertirse en escritora», de Lorrie Moore, y escribí:

Creé que tenés algo muy revelador para contarle al mundo y escribí una primera línea con faltas de ortografía. Acordate de que usás anteojos y buscalos en la heladera. De repente topate con los sahumerios. Abrí la caja, sacá el que te parezca más largo y prendelo con un encendedor que tu novio dejó en la mesa de la entrada. La llama crece, acercala rápido y soplá. Volvé por tus anteojos. Están fríos. No te preguntes por qué los guardaste ahí. Sentate frente a la computadora, buscá una música que te inspire. Suena «Only You», de Los Plateros. Acordate de cuando te enamorabas de chicos con mal aliento. Y del día en que se te dio por bailar desnuda en tu cuarto con la ventana del balcón abierta como si la cuadra fuera una gran *parade* . Comprendé que uno siempre va a ser el mismo. Escribilo en la computadora para no olvidarlo. Acordate de las zanahorias que pusiste a hervir en una olla para hacer una sopa. Chequeá la cocción. Volvé a la computadora y fijate que tenés una línea con faltas de ortografía y debajo, otra para no olvidar. Empezá a pensar qué puede significar ese procedimiento de escribir con errores. Pensá en la basura. Pensá en todos los modos posibles de clasificar la basura que existen en Alemania. Para los papeles y el cartón, para las migas y los restos de verdura, para las botellas de plástico no retornables, para los envases reciclables, para los residuos de la guerra; los escombros ondulan la superficie de los parques y se esconden debajo del asfalto. Pensá en la comida tradicional alemana: las salchichas, un rejunte de sobras. ¡Más basura! Volvé a la cocina, las zanahorias ya están listas, licualas. Se te tiene que venir alguna idea a la cabeza. Acordate de tu amigo escritor y la manera en que se contorsionaba para escucharte leer tus textos. Mirá por la ventana e imaginate que aspirás todo ese aire helado y en el estómago se te empiezan a producir cubitos. Tu mirada se dirige hacia la única ventana con la luz prendida. Una chica desnuda va a la cocina a calentar agua. En el otro cuarto se prende un velador. Un chico vestido con traje de neoprén y mochila de oxígeno se levanta de la cama y se acerca a la chica desnuda. Se sirven un té. Te sentís una elegida, no lo podés creer. Justo aparecieron tus personajes, solo para vos, justo ahora que estás frente a la computadora. Escribí un diálogo posible:
—¿La sopa de zanahoria lleva crema?
—Puede ser, pero queda mejor con leche y un poquito de jengibre.
Borralo, demasiado autorreferencial. Empezá a sentirte un fracaso. Esa parte es muy importante.

A veces me tiraba a ver televisión. Me gustaba un *reality* en el que dos adolescentes problemáticos de familias de clase baja se iban a vivir con nativos del Amazonas. Antes de que ellos llegaran, los aborígenes miraban un video con el día a día de estos jóvenes, en el que los chicos se peleaban a los gritos con sus padres porque tenían el cuarto desordenado. También aparecían llegando borrachos a sus casas por la madrugada. Era fascinante escuchar insultos en el idioma de Hölderlin. Los nativos los esperaban con machete en mano y por veinte días dormían en unas chozas de paja en las que obviamente no había Internet, televisión ni alcohol y abundaban bichos de todos los colores. Pero eso no parecía la selva sino un estudio de televisión.

Vos llegabas casi de noche, famélico y con los labios blancos y secos por el frío. Lo primero que hacías era poner agua a calentar. Apenas levantaba el primer hervor, la echabas en una cacerola con hebras de té negro. Dejabas reposar el agua por cinco minutos calculados con el reloj del celular y la volcabas en una jarra de vidrio marcada por los sucesivos tés que tomabas todos los días y que solo enjuagabas antes de servirte la nueva infusión. El té era el único lujo que te dabas. Lo comprabas por Internet y te llegaba a casa en menos de una semana en una caja con bolsitas metalizadas azules. La idea de

no lavar la tetera la habías traído de tus ocho meses en Shanghái. Un simple detalle con el que te pronunciabas en contra de la limpieza extrema de tu país.

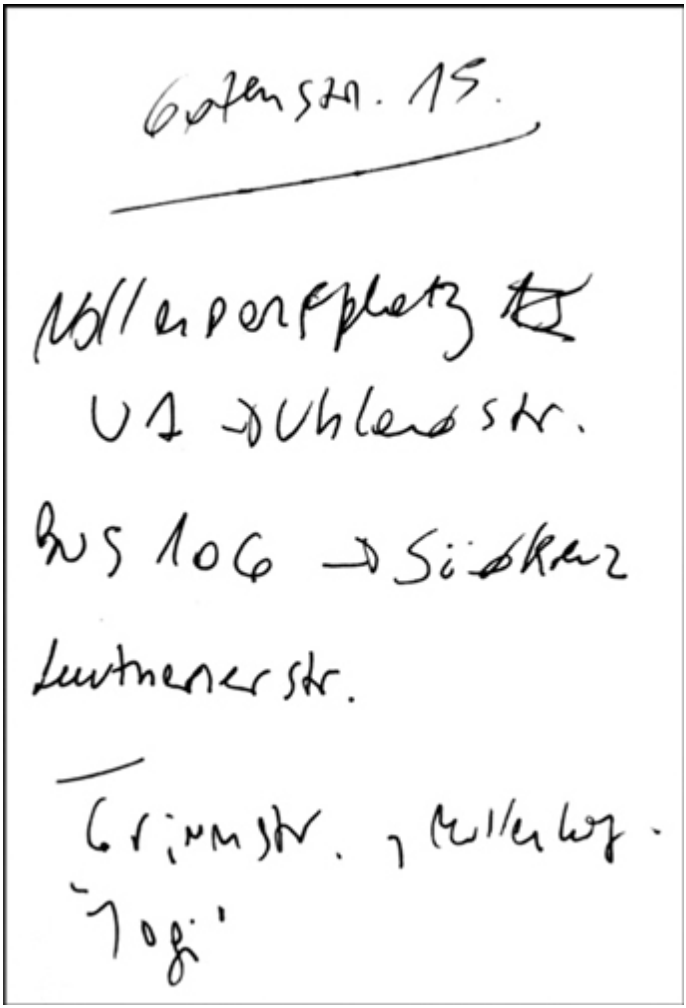
A Shanghái habías ido a hacer una pasantía en un estudio de abogados. Conociste a otros alemanes y empezaste a pasar música en discotecas. Los dueños de los boliches te pagaban taxis, te daban tragos y drogas gratis toda la noche. Te enamoraste de una joven china, una chica de la que siempre me negaste el nombre. Fue la única de esta historia que protegiste. Me dijiste que era lo suficientemente linda como para no tener que trabajar. La voy a llamar Yumi.

Yumi tenía una hija con un millonario de Hong Kong a quien no veía pero que le mandaba plata. Vivía con sus padres y su hija, a quien ellos cuidaban. Yumi y vos salían todas las noches y se emborrachaban hasta las ocho de la mañana. Dormían todo el día, comían algo muy picante y después se preparaban para salir. A los pocos meses de conocerse, ella quedó embarazada. La acompañaste al médico y llegaste a escuchar los latidos que salían de su panza. Tus padres te mandaron la plata para el aborto. En ese momento, no se podía tener más de un hijo en China. Vos habías cumplido apenas veintiséis y no querías tener ese bebé. Ella tampoco. Yumi te dijo que te amaba, pero que una vida al lado tuyo era económicamente inviable, y se separaron. Te imaginaste en China a los cuarenta años, pasando música en discotecas, con plata pero destruido, y volviste a Berlín. Yumi te fue a visitar, pero algo se había cortado entre los dos. Al poco tiempo te pusiste de novio con una alemana delgadísima, insulsa como leche de suero. Me dijiste que personalmente no era linda, pero salía muy bien en las fotos. Era modelo. Un día la encontramos en el Mauerpark mientras jugabas con tus amigos al frisbee. Te saludó con un abrazo eufórico y me presentaste como tu novia. Me miró unos segundos con la sonrisa clavada en la cara. Me aburrió mirarla y me tiré a tomar sol en el pasto mientras se decían cosas que no entendí. Se despidieron y volviste a la rueda de los frisbees con Ginger. Ahí, en ese parque rodeado por un muro que ahora es un monumento, jugaban como pequeños soldados inocentes.

Todas las tardes tomabas té y comías dos tostadas de pan negro cortadas por la mitad con manteca y queso. Te sentabas en el sillón rodeado de libros y leías por cuarenta minutos, un proceso purificador para limpiarte el día. Yo mientras escribía en la computadora, una Toshiba Satellite L305 S5955, con la que ahora escribo sobre nuestro pasado. Cuando terminabas tu ritual de desapego con el mundo, te me acercabas por detrás a ver qué estaba haciendo. Invadías mi espacio sin señal de alarma y yo te dejaba entrar.

Hacíamos las compras en el Aldi, un supermercado de segundas marcas mucho más barato que todos los demás. El logo era azul y celeste, y la luz, blanca y fría. Las góndolas solían estar abarrotadas de productos o vacías, no había término medio. Los pisos estaban sucios y la fila de la caja era un casting para filmar *Los locos Adams* . Comprábamos vino, aceitunas, verduras, caldo y arroz. Las cajeras eran simpáticas, parecían enfermeras de un hospital de maníacos. Yo les agradecía su calidez con gestos exagerados a falta de palabras.

Lo peor de tener poca plata es que empezás a sentir que estás haciendo algo mal. Gastábamos entre dos lo que normalmente se gastaba como mínimo para uno: ochocientos euros, alquiler incluido. Pasamos de ser de clase media en el tercer mundo a clase baja en el primero. Nunca fui tan pobre como en Alemania.



Como *babysitter* me pagaban cuarenta euros la hora. Me parecía un buen trabajo. Mientras los niños dormían, yo leía los diarios argentinos. Pero a la vuelta sufría. Me contrataban los viernes o sábados a la noche y volvía a casa en el subte lleno de jóvenes que salían a divertirse. ¿Acaso yo no debía estar haciendo lo mismo? Llevaban un cuarto de cabeza rapada y la otra parte del pelo largo teñida de un fucsia descolorido. Usaban aros en los labios y tatuajes por toda la cara. La piel se volvía un paredón individual de grafitis sobre el cual expresar los deseos. Mientras viajaba los miraba. Pensaba en lo difícil que es también ser libre y feliz.

14

Johanna volvió de Liberia, donde había ido a trabajar con una ONG alemana a ayudar a construir casas en medio del barro. Allá lo conoció a Manuel, un español que filmaba las labores que ejercían los voluntarios de la ONU.

Los dos habían elegido ir a pasar una temporada a una guerra que perfectamente podían haber evitado, pero estaban socialmente comprometidos. Una tarde, fueron al almacén a comprar algo para comer. Cuando estaban por pagar, un hombre entró con una escopeta y una banda de balas doradas cruzada en el pecho. Nadie salió herido pero esos últimos días en África, Johanna los pasó temblando en la cama hasta que pudieron volver.

Manuel no sabía alemán, pero a España no quería ir. Prefería un país en el que entendiera las cosas por la mitad a uno en el que entendiera todo demasiado. En esa época se empezaron a conocer las dramáticas cifras de desempleo entre la gente de nuestra edad y «los indignados» se juntaban a dormir en las plazas, huían a países vecinos o se terminaban enamorando de gente que hablaba idiomas desconocidos.

A Johanna se le ocurrió que vos y Manuel podían hacer algo juntos. Decidieron crear una productora de contenidos audiovisuales para Internet. La primera estrategia empresarial fue ir a la Grüne Woche, la semana verde de Berlín, para establecer contactos con productores del agro que tuvieran conciencia ecológica y ofrecerles sus servicios. Ganar plata siempre te pareció algo malo, y si lo hacías, tenía que ser aportándole algo al mundo. De lo contrario, nada tenía sentido.

Fui con ustedes. Tomamos el tren y viajamos hasta lo que parecía el fin de la ciudad. La Grüne Woche quedaba en el centro de exposiciones de Berlín, un grupo de edificios cuadrados que para alguna época habría representado el futuro. Llegamos con nuestra ropa más elegante. Vos te habías puesto los zapatos de cuero; Manuel llevaba, una encima de la otra, varias camperas de media estación, y yo, una especie de bermuda de la juventud hitleriana de pana marrón que había encontrado en una feria de segunda mano y me daba un look vintage moderno.

Pasábamos por los stands y nos parábamos en los puestos que nos parecían más amables. Vos recorrías el espacio como un gato reconociendo el terreno y, como eras el único que hablaba alemán, hacías las preguntas. Pero no aparecías en cámara. Cuando les colocabas el micrófono a los feriantes, te temblaban las manos y reías inconscientemente, como un tic, con lo que generabas empatía. Así conocimos a unos médicos alemanes que fabricaban té medicinal chino. También, a un criador de cerdos con chiqueros hechos de barro traído de África. Nos volvimos contentos. Manuel y vos se

complementaban bien y habían pasado la primera prueba. Después les mandaron el video a los entrevistados para ver si en algún momento los contrataban para hacer un institucional de su empresa. Nadie los llamó, pero estar en movimiento hizo que ganaras cierta confianza.

Cuando no van a la guerra, no pasan mucho tiempo de caza, pasan más holgazaneando, dedicados al sueño y a la comida; los más fuertes y belicosos no emprenden nada, delegando en las mujeres y ancianos y más débiles de la familia el cuidado de la casa, los penates y los cultivos, ellos mismos están como embobados, con admirable contradicción en su naturaleza, porque los mismos hombres aman la inacción y odian el descanso.

15

Una noche, mientras mirábamos una película, sonó el timbre. Era Ginger, desesperado. La madre de su hijo lo había echado de la casa y quería recuperar su departamento. Esa noche, él durmió en el cuarto y nosotros, en el living. A la mañana siguiente nos pusimos a buscar otro lugar para vivir.

No recuerdo exactamente cómo fue que lo encontramos, lo cierto es que al cabo de unas semanas nos mudamos a un departamento perfecto para los gatos y para nosotros dos.

Quedaba también en Kreuzberg, muy cerca de donde vivíamos, a una cuadra del parque Hasenheide, en pleno Graefekiez. Nuestro nuevo hogar formaba parte de un complejo habitacional de los años cincuenta adonde habían ido a vivir los inmigrantes traídos especialmente de Turquía para reconstruir la Berlín en ruinas tras la guerra. Nosotros nos mudamos en un momento en que estaban arreglando los departamentos para «atraer a otro tipo de personas». Así nos lo dijo el *Hausmeister* que nos mostró la casa. El departamento parecía a estrenar. Los pisos flotantes estaban recién colocados; las paredes, blancas y limpias, y el baño y la cocina estaban hechos a nuevo. Tenía un solo cuarto y un balcón que daba a un jardín triangular que lindaba con los otros jardines vecinos que también tenían formas geométricas. Alrededor de nosotros se erigía un conjunto de edificios de ocho pisos que se asomaban a una plaza central. Parecía un estadio de fútbol. La mayoría de nuestros vecinos eran turcos. De casi todos los balcones salía una antena satelital que los conectaba con los programas de televisión de Turquía. Los zapatos se amontonaban afuera de la puerta de su casa, y por la mañana, colgaban los acolchados a la intemperie para ventilar sus pesadillas. Eras casi el único alemán de nuestro edificio. El alemán que se hablaba en el barrio era del orden de lo práctico y estaba influido por los diferentes acentos. Yo me sentía muy cómoda porque hablarlo mal era la regla, y todos nos entendíamos.

El primero de mayo fuimos a buscar el resto de los muebles a la casa de tus padres. La ciudad estaba sitiada por las movilizaciones del Día del Trabajador, en el que la policía cierra las calles y los punks les tiran piedras. Otros aprovechan y hacen fiestas en los parques. También se arman fiestas, como todos los días, con sus perros adentro de los cajeros de los bancos pidiendo con amabilidad zombi algunas monedas.

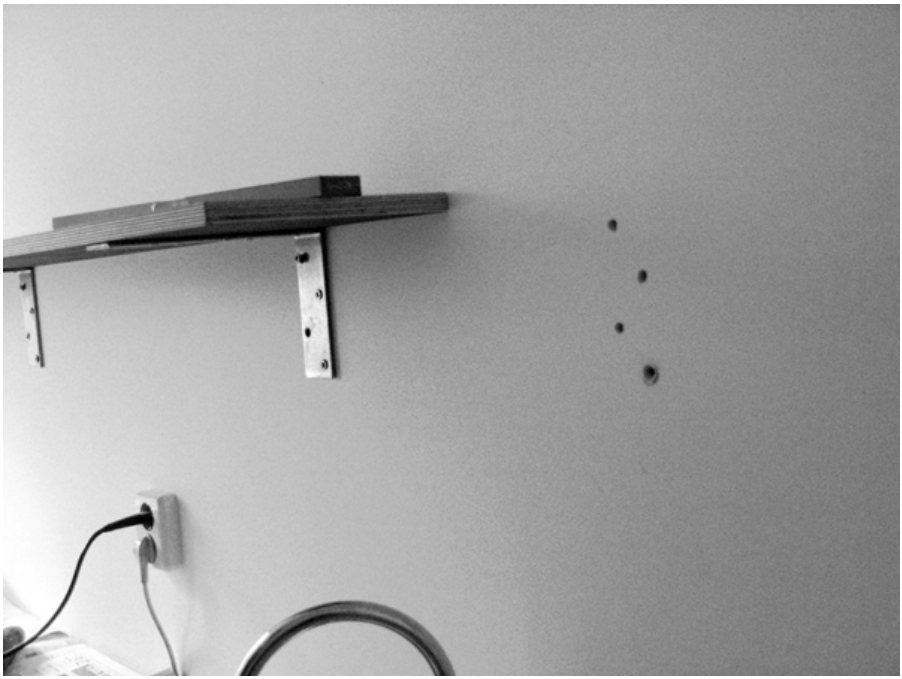
Alquilamos una camioneta y atravesamos Alemania de punta a punta. Por la mano contraria de la autopista vimos avanzar una fila interminable de autos policiales que se dirigían a reforzar la seguridad. En Berlín los policías usan un traje que los triplica en masa corporal. Cuando hay una concentración de gente, arman una coreografía en la que se ponen en círculo, de espaldas a los faroles, vigilando el lugar hasta que largan el primer minué. Una vez, en otra manifestación, vi a un policía con el codo apoyado en la ventanilla de la patrulla, fumando como si manejara por el campo.

De tu casa familiar nos trajimos un escritorio de pino que tu padre tenía para amortiguar el eco en su oficina; una mesa y cuatro sillas de caoba que una vecina nos regaló porque estaba cambiando la decoración de su casa; un juego de platos y de té estilo holandés de la madre de una amiga de tu madre, que había muerto hacía pocas semanas; un árbol con aire tropical que habíamos visto esa tarde en un vivero y que tu mamá nos quiso regalar, y tu colchón japonés.

No usan piedras de construcción ni tejas: para todo usan madera en bruto y sin aspecto o gusto. Ciertos lugares de la casa los recubren minuciosamente con tierra tan pura y reluciente que semeja pintura o pinceladas de colores.

Cuando llegamos después de cinco horas de viaje, mientras descargábamos los muebles, los hijos de nuestros vecinos se pusieron a saltar en el camión de la mudanza y después se metieron en casa. A mí no me hablaban, pero a vos te contaron la historia de un hombre «muy misterioso» que había vivido en esa casa y murió incinerado después de que una horda de hombres lo viniera a matar. Te describieron las sombras de humo que habían quedado en la pared y las manchas de sangre que formaban dibujos monstruosos del inframundo.

—¿Ves esa columna? Ahí había una silueta de un oso hormiguero de tres trompas —señaló el más bajito.



—Al viejo lo sacaron los bomberos —dijo el mayor—. Nosotros lo vimos todo. Apenas lo tocabas se hacía ceniza. Sin embargo, de la casa a la ambulancia dejó un camino de sangre que delataba el nombre de los asesinos.

Escuchaste todo eso con una sonrisa mientras colocabas nuestros nombres en el timbre para que nos llegase el correo.

Puse el escritorio de pino en nuestra habitación, en dirección al jardín, y coloqué encima mi computadora. Sentía que ese teclado era mi puesto de control, y la casa, mi nave espacial sobrevolando en velocidad crucero todos los lugares del mundo juntos y ninguno a la vez. Detrás de mí, como un rumor, los niños árabes se mezclaban con los niños turcos. Las nenas de las distintas comunidades islámicas llevaban el pelo cubierto y se vestían con polleras con volados y moños. Se gritaban, se empujaban en el tobogán, se tiraban arena en los ojos, bajaban por un palo de metal, se trepaban a las redes, armaban su propia Guerra Santa.

A nuestra derecha vivía una pareja de turcos jubilados en un departamento del que nunca levantaban las persianas. De día, lo veía a él fumar en el balcón y de noche el humo frutal de su tabaco entraba por la ventana. La movilidad de los gestos de su cara se concentraba en la boca, que solo abría para ponerse el cigarrillo, como si esa acción lo anclara en el presente de todos los tiempos.

A nuestra izquierda estaba Leila, una alemana de más de ochenta años que había vivido mucho tiempo en Brasil y tenía el balcón lleno

de plantas y flores, incluso en invierno. Caminaba con andador y sonreía. Siempre que la veíamos nos regalaba algún gajito de sus plantas, que en casa se moría a las pocas semanas. Un día nos tocó la ventana con el bastón porque se había quedado sin calefacción y el *Hausmeister* no la atendía. Fuimos a su departamento a ver cómo podíamos ayudarla. La selva, que empezaba en el balcón continuaba en su interior. Las paredes estaban cubiertas de plantas. Pájaros de distintos colores volaban de rama en rama y también había mariposas. En el centro de lo que sería el living tenía un altar a Jemanjá, la diosa del mar. De su boca brotaba una cascada de agua que caía en una fuente con peces de colores. Vimos tres monitos titís y nos presentó a Hans, un papagayo de treinta y ocho años, «un milagro de la naturaleza», dijo, considerando que no suelen vivir más de doce. Leila tenía dos hijos, que muy de vez en cuando la iban a visitar.

16

El boliche Casete quedaba en un terreno baldío y oscuro sobre una calle de doble mano por la que los autos iban sin límite de velocidad. Era un galpón de ochocientos metros cuadrados a través del cual se podía contar la historia de Berlín: durante la guerra se había usado para guardar municiones, en la Guerra Fría había funcionado como un depósito de papel y ahora, para divertirse. Quedaba detrás de la estación de tren y de las oficinas de gobierno. La ciudad terminaba ahí: en medio de fábricas abandonadas y calles sin veredas.

Cuando llegamos no quise entrar. Ataste las bicis a un poste ubicado en unos pastizales, me agarraste de la mano como si yo me fuera a escapar y tocaste el portón. No contestó nadie, insististe, y dos minutos después un hombre de piel negra y musculoso abrió la puerta. Entré con temor, se cerró la puerta y ya no te vi.

El guardia me acompañó hasta el guardarropas, donde me encontré con Agnes. Ella había estudiado Derecho, pero nunca ejerció porque ni bien conoció a Rob decidió administrar la discoteca con él. Rob había nacido en Israel. Hacía dos años había llegado desde Nueva York y ya hablaba perfecto alemán. Con Agnes se conocieron bailando en un *after* al lado del canal. A la semana ella se fue a vivir al departamento que él había comprado enfrente de Casete. Tenían dos galgos que sacaban a pasear por los parques gubernamentales como si fueran reyes. Rob parecía un *yuppie* de la madrugada; Agnes me miraba con compasión.

El guardarropas ocupaba un pequeño espacio iluminado por una luz de tubo amarilla. El resto estaba a oscuras y funcionaba como depósito. Escondía tanto misterio como los agujeros negros del universo. Me sentía un planeta perdido en la galaxia. Cada tanto algo de esa oscuridad atraía mi atención, pero rápidamente volvía a mirar al frente. Cerca de los percheros había tablones de madera, sillones de cuerina blanca con el espumón para afuera, espejos rotos y una bola de boliche gigante quieta en el suelo, como si se hubiera caído la luna.

Agnes dio vuelta los mostradores, corrió los percheros y me enseñó el sistema: un euro por prenda, una prenda por percha; las carteras y los bolsos sobre los tablones del piso. Me avisó que en un rato llegaba Carla, mi compañera, y que podía tomar lo que quisiera. Le agradecí y le pedí una Coca.

Me quedé sola. Mientras acomodaba el escritorio repasaba las palabras en alemán que podría usar esa noche, hasta que desde el

fondo distinguí a un ser que se acercaba directamente hacia mí. Sentí que una fuerza sobrenatural me iba a hacer desaparecer, pero era Martin, el jefe de la barra, que me traía mi bebida. Tenía la cara, el cuello y los brazos cubiertos por tatuajes, y las partes libres entre los dibujos eran tan blancas que su piel parecía no conocer la luz del día. Le costaba mirar a los ojos y pronunciar las palabras de su propio idioma, como si hubiera pasado la infancia aislado en una jaula. Al rato llegó Carla y me saludó efusivamente. Tenía veintitrés años, el pelo muy corto y rubio y esa noche se había puesto unas calzas de colores fluorescentes. Cambió de lugar las perchas que yo había colocado en unas cajas; corrió un poco más adelante el mostrador para tener más espacio, y mis cosas, que yo había dejado a mano, las llevó atrás sin preguntarme. Entendí que estaba en su territorio. Me contó que de profesión era peluquera y vivía con sus padres en las afueras de la ciudad. Su mamá era jefa de personal en un hotel y cuando le pregunté sobre su papá, me dijo que estudiaba inglés. Para ella, Casete era su segundo hogar. Se refirió a Rob y a Agnes como «mi familia» y me dio toda la información en primera persona del plural: «Abrimos todos los fines de semana», «pasamos hip-hop», «estamos hasta las seis de la mañana». En un momento de la noche, me empezó a dar órdenes: «No dejes los números en la mesa», «no se pueden colgar dos abrigos juntos», «podés irte ahora». Para evitarla, le decía que no le entendía y se enojaba cada vez más.

—Estás nerviosa —le dije.

—No, no estoy nerviosa.

—Te pido perdón si mi alemán no es suficiente.

Y así pasamos la segunda mitad de la noche. Carla se fastidiaba con el solo hecho de tener que repetirme todo más lento, como si me estuviera haciendo un favor , y yo me divertía. Cuando se daba cuenta de que no tenía sentido hablar conmigo, se iba a la barra a buscar su trago preferido, el Moscow Mule: ginger ale, vodka y pepino.

Durante la noche, al guardarropas se acercaron muchas mujeres arrugadas acompañadas por hombres con cara de bebé. Ellas mandaban. Hacían fila aferradas a sus cosas, como si valieran tanto. Nunca me sentí tan miserable como en ese agujero negro.

Pasar el día y la noche bebiendo no es vergüenza para nadie. Las disputas, como entre los ebrios, concluyen rara vez con insultos, a menudo con muerte y heridos. Pero en los banquetes también suelen deliberar sobre la reconciliación recíproca de los enemistados, sobre los acuerdos de matrimonio y la elección de los caudillos y, finalmente, sobre la paz y la guerra.

A las tres de la mañana, Carla se fue a bailar y yo me quedé sola. Empecé a cabecear. Para evitar dormirme, tomaba cinco sorbos de agua cada diez minutos y me puse a jugar al Nature Park con el celular. En la puerta del guardarropas había un grupo de chicos de no más de veinte años. Se me acercó Spreso, un albanés de dieciocho años criado en Estados Unidos y de visita en Berlín, al que vi hacer flexiones de brazos frente a sus amigos. *Du bist hübsch* , sos linda, me dijo. Se sentó sobre el mostrador y me habló de Estados Unidos como el país de la libertad mientras yo jugaba con mi celular tratando de superar mi propio récord.

—*You'll do it, you are gonna win, go for it, yeah, yeah, you are so good!*

—¿Qué estudiás? —le pregunté.

—*Liberal Arts.*

—Ah, ¿y de qué querés trabajar?

—No sé de qué quiero trabajar, por eso estudio *Liberal Arts* . —Me pareció muy sincero.

A las seis y media de la mañana, cuando ya no quedaba ningún abrigo por rescatar, me fui. Afuera empezaba a amanecer. Agarré la bici, me crucé el candado en el pecho como un escudo y emprendí la larga vuelta a casa. Pasé por la terminal y vi a un grupo de ambientalistas vestidos de verde subiéndose a un micro con banderas. El resto de las calles estaban vacías. Pasé junto al Reichstag. Los regadores automáticos de los jardines me mojaron mientras me daba el viento frío en la cara. Crucé la Puerta de Brandenburgo a mucha velocidad, como queriendo apurar la historia. A esa hora no había turistas. La ciudad estaba vacía y parecía una maqueta. Saludé a los policías con bigotes y cara de dormidos de la Embajada de Estados Unidos. *Morgen* , me respondieron entre bostezos echando humo por la boca. Pedaleaba rápido, pero daba igual, la velocidad no dependía de mí. Sentía que debajo del asfalto había un imán gigante que me trasladaba aunque yo no hiciera nada.

Cuando llegué a casa vos estabas empotrado en el sillón del living llevando a cabo tu rigurosa ceremonia que consistía en fumar, tomar vino y leer con música clásica bien alta. Giraste la cabeza y me sonreíste con los labios color púrpura. Te levantaste y viniste a abrazarme como si quisieras que te defendiera de algo. Esas noches de alcohol y humo parecías un mago. Me encantaba verte así, borracho de vino, de música, dejándote hacer. Me sacaste la campera, me desenrollaste la bufanda y del bolsillo del pantalón saqué el puñado de billetes que había recaudado. Empezamos a dar vueltas por el living y a tirar los billetes por el aire. Eran tres o cuatro nada más, que cayeron sobre nosotros como las hojas de un árbol seco y pelado de fines de otoño; nada especial, pero eran nuestros.

17

La primavera pasó completamente desapercibida y el verano solo duró un mes: julio. Si bien no había mucho sol, la mayoría de los días la temperatura pasó los treinta grados. Al atardecer, cuando Ginger salía del trabajo, íbamos en su auto a nadar en los lagos que están alrededor de la ciudad. Eran lugares agrestes, sin marcas visibles de la intervención humana, y si la había, tomaba la forma de una mesa de ping-pong. Las mujeres se metían en el agua desnudas y seguras sin importarles el juicio sobre su cuerpo. No había baño y hacíamos pis en el agua o en los arbolitos. Nos quedábamos en el agua hasta que empezaba a oscurecer, pasadas las nueve de la noche.

Ese verano, tus padres nos invitaron a pasar una semana a Spreewald, una reserva ecológica donde empieza el río Spree. El río nace angosto, suave y silvestre, en un microclima que da lugar al nacimiento de cientos de miles de libélulas turquesas que brillan sobre los canales como si fueran el reflejo del agua. A orillas del Spree nace la región de Brandenburgo y uno puede imaginar que así fue Berlín alguna vez, un pantano húmedo y silencioso. Pero Spreewald es también conocido como el pueblo del pepino. Se venden toneladas de frascos de pepino en conserva de diversos tamaños y rugosos como piel de sapo.

Nos gustaba irnos de vacaciones con tus padres porque descansábamos del ritmo conyugal —la limpieza de la casa; la comida y el agua de los gatos; la interminable rutina de las compras: el vino en el Lidl, la leche sin lactosa en Edeka, el pollo y la verdura en el Bolu. En el asiento de atrás del auto volvíamos a ser niños y todas las responsabilidades quedaban felizmente desvanecidas.

Nos hospedamos en la casa con techo a dos aguas de la familia Müller en la Friedhofstrasse, es decir, la calle del cementerio. Herr Müller trabajaba en una fábrica de carbón. Cuando cerró y lo echaron, empezó alquilando primero unos cuartos y después la casa entera. Desde la ventana de nuestra habitación, que en otra época había sido de Herr y Frau Müller, veíamos el patio de un negocio de lápidas. La vista era peor que si la casa diera directamente al cementerio. Ahí, por lo menos, los muertos ya están muertos; en cambio, lo que veíamos eran las piedras donde se escribirían los nombres de los muertos por venir. ¿Qué visión de futuro podía tener ese matrimonio cada vez que amanecía y levantaba las persianas?

Las paredes del cuarto estaban recubiertas con papel floreado y

había una cocina con las alacenas llenas de electrodomésticos. Eran tantos y ocupaban tanto espacio, que empecé a pensar que solo existían para tomarnos el pelo y recordarnos lo inútiles que los humanos podíamos ser.

La relación de los alemanes con la técnica siempre me llamó la atención. Para preparar un huevo pasado por agua, por ejemplo, un alemán pone a calentar el agua. Agujerea el huevo con un punzón especial que existe desde los años cincuenta para que, una vez en el agua, el huevo no se parta con el choque de temperaturas. Lo coloca en la cacerola con una cuchara sopera y programa cinco minutos en la alarma del reloj. Después de haberlo hervido a temperatura media, lo saca y lo pone en un bol de vidrio con hielos para que sea más fácil sacarle la cáscara. Para servirlo hace falta un portahuevo y, para comerlo, una cuchara de plástico porque las de metal suelen producir una reacción que le da al huevo gusto a pis de gato. Es decir que, al consumir un huevo, el alemán promedio usó alrededor de diez artefactos.

El baño también estaba abarrotado de objetos innecesarios. No me parecía casual que la Bauhaus haya surgido en Alemania; ¿habrá nacido como una forma de sacar los objetos inútiles de la vista? Además de una múltiple cantidad de alfombritas y adornos sobre la bacha, la bañadera no solo tenía cortina ¡sino también mampara!

La noche en Spreewald parecía no estar planificada para los abrazos. La cama consistía en dos colchones de plaza y media unidos. Si nos abrazábamos, uno de los dos se hundía en el medio, o terminábamos durmiendo incómodos en uno de los dos lados.

Desayunábamos con tus padres y tu hermana en la casa que habían alquilado frente a la nuestra. Todas las mañanas, tu papá salía a comprar el pan del desayuno en bicicleta. Traía uno con semillas y otro más tradicional, redondo, liviano, crocante y húmedo por dentro. Cada uno de nosotros usaba una tabla de madera para untar y hacer las migas, un cuchillo, un portahuevo, la taza del té o café, cucharita y plato. ¡Cuántas cosas para lavar! Untábamos las tostadas con manteca y una mermelada que hacía tu mamá con las moras de su jardín. También comíamos salame, queso y leberwurst.

—Bueno —dijo tu padre en el primer desayuno—, quiero que brindemos porque Sarah fue ascendida otra vez.

Sarah trabajaba para una empresa de venta de ropa *online* y tenía a su cargo treinta personas. En un año cuadruplicó su sueldo y era la única mujer que había llegado a un cargo gerencial. Trabajaba ocho horas por día con dos pantallas con el Excel abierto y parecía no tener vida por fuera del trabajo. De la secundaria había pasado a la universidad a estudiar ingeniería y rápidamente consiguió un puesto cuando se recibió. Seguía usando agendas y cuadernos del famoso

ratón Gerónimo Stilton y dormía con pijama de algodón.

En esa mesa familiar yo me sentía a veces como un trofeo y otras como una mascota abandonada que habías rescatado de un parque. A la conversación me metía como podía, los chistes los agarraba con la risa empezada. En ocasiones, Sarah veía que yo estaba perdida e intentaba explicarme los chistes; me hablaba lento y de forma didáctica, como una maestra de jardín de infantes le habla a un chico que se acaba de hacer pis encima. ¿Por qué de repente estoy en un lugar donde me comunico como si fuera una niña de tres? Era difícil no entender, pero a veces me gustaba y prefería quedarme sola con mis pensamientos. El alemán se volvía un murmullo, como el tránsito. En otro país, la percepción cambia de tal modo que es como si estuvieras todo el tiempo drogado o vieras siempre nuboso. Te convertís en un niño o en un idiota. Cuando la conversación levantaba velocidad, descansaba la mente o inventaba diálogos imaginarios.

Ese verano cogimos de manera violenta. Me mordías las piernas hasta dejarme moretones, me tirabas del pelo y me ahorcabas un poco. La sexualidad se había convertido en algo puramente físico, acabábamos como quien prende un fósforo y hace chispa. Me entregaba a tu juego sin preguntarme si me gustaba o no.

Por la tarde, paseábamos en bicicleta en familia. Yo iba siempre última. Por momentos te me acercabas y me empujabas para que fuera más rápido. Una vez vi a unos nenes chiquitos por una pendiente andando en bicicleta con tanta seguridad que, al verlos, me caí. Los viejos alemanes andaban en las dos ruedas mejor de lo que caminaban. Pese a mi torpeza en el andar, mi velocidad siempre me pareció perfecta para poder apreciar el paisaje y me volví fan de las bicis. Vimos pastar a los burros y encontramos un puercoespín muerto al costado del camino. Recorríamos las granjas y pensábamos en otros modos de vida posibles, en alejarnos aún más de todo, tener una huerta y cultivar nuestro propio alimento. En uno de esos paseos, llegamos a un pueblo de Alemania Oriental donde el café con leche seguía siendo un polvo mezclado con agua caliente, horrible, como en la época de la Guerra Fría. Cuando volvimos del paseo, sobre el techo de nuestra casa había dos cigüeñas enmarcadas por un arcoíris.

18

Cuando llegó el otoño ya estábamos instalados. Vos pagabas el alquiler y hacías las compras con la plata que habías conseguido de varias ONG para hacer un documental sobre migración junto a Manuel. Yo ganaba muy poco, me alcanzaba para algunas compras e invitarte una cerveza cada tanto. Alternaba mi tiempo entre las clases de español, los turnos como *babysitter* , en el guardarropas de Casete o en el bar de alguna fiesta. No podía trabajar como moza porque los platos eran muy pesados y no los podía sostener, y como *bartender* era la peor. No tomaba alcohol y no sabía cómo preparar los tragos. Los clientes me pedían un mojito y les decía que se los preparaba si me indicaban cómo hacerlo. Solía ser generosa con las medidas, para compensar. Una vez al intentar descorchar un vino blanco, se me quedó medio tapón adentro de la botella. Otra noche abrí una botellita de Coca y terminé con el pico de vidrio en la mano. Cuando machucaba las limas, las gotas ácidas me salpicaban los ojos, entonces me tenía que poner los anteojos. Una vez emborraché tanto a un norteamericano que se obsesionó conmigo y dos guardias lo tuvieron que sacar del lugar a la fuerza.

En otoño, las hojas de los árboles se ponen de un amarillo tan fuerte que cuando caen parece que el sol está en el piso. Los árboles pierden sus hojas por completo y son tantas que borran el trazado de los caminos. A veces, andando en bicicleta me daban ganas de tirarme y revolcarme en esos colchones de hojas crujientes. Parecían copos de maíz recién volcados en un bol, el mismo ruido.

Mis días preferidos eran cuando hacía jornada completa en el Instituto Iberoamericano, una de las bibliotecas en español más grandes del mundo, adonde iba a escribir las monografías que me faltaban para terminar la facultad. Llegaba antes del mediodía y me quedaba hasta el cierre. Iba en bicicleta, dejaba mis cosas en un *locker* y solo me quedaba con la computadora y los libros que ponía en una bolsa transparente. Se los mostraba al guardia junto con mi credencial y elegía un escritorio. Por Internet entraba al catálogo y buscaba títulos por aproximación al tema que estaba investigando. Podía pedir de a quince volúmenes a la vez. Mientras yo hacía esos trámites, debajo de mí el personal se pasaba el día en el sótano rodeado de anaqueles cargando libros en carros grandes que trasladaban a la sala

de lectura. Así funciona la producción del conocimiento: con gente en la luz y en la oscuridad. Después me acercaba al mostrador y una señora me entregaba el material. Ella trabajaba seis horas por día dando y recibiendo libros. Era española y me caía bien. La admiraba por haberse conseguido un trabajo en Berlín. No me importaba cómo era su vida, al menos tenía una.

> *Cambian de lugar de sembrado anualmente, y sobra campo. Solo cereales se le exige a la tierra. De aquí que no dividan el año en igual número de estaciones que nosotros: tienen el concepto y los términos de invierno, primavera y verano; del otoño ignoran tanto el nombre como los bienes.*

Yo desperdigaba los libros sobre mi escritorio y empezaba a hojearlos. Me los leía enteros o solo algunos capítulos, dependiendo de la necesidad. Me empezó a parecer inútil tener una biblioteca en casa, con disponer de los libros me alcanzaba. Solo es importante tener los libros a los que se vuelve. Aunque los libros más importantes de mi vida me los habían prestado y nunca más quise volver a ellos para no tapar la impresión de esa primera lectura.

En el Iberoamericano me pedía libros que en Buenos Aires nunca habría podido comprar porque eran demasiado para mi presupuesto. En la biblioteca estaban disponibles para mí todas las novedades de Anagrama y de algunas editoriales independientes argentinas. Tenían todo Bolaño en castellano, pero *2666* nunca lo pude sacar porque había lista de espera.

Carolina era una argentina que había llegado hacía cinco años a Berlín para hacer un doctorado en Historia. Ya no se quejaba del clima, lo daba como una batalla perdida por la que no valía la pena lamentarse. Se había puesto de novia con Markus, un alemán que tenía una empresa de diseño bastante prestigiosa. Ella manejaba su auto y puteaba a los alemanes que andaban tan a lo bestia como los porteños. Iba a comer a restaurantes caros y se podía tomar una cerveza en un bar cuando quisiera porque estaba becada. Hablaba perfecto alemán, pero con mucho acento argentino, creo que lo hacía a propósito para marcar la diferencia. Podía leer los diarios, ver películas sin subtítulo, explicarles el peronismo a los escépticos —«*Peronismus ist kein Fascismus* »—, reírse de los chistes de los otros y hasta hacer los propios. Podía distinguir los acentos alemanes de cualquier región. Me enseñó palabras que en castellano no existían para darle explicaciones a todo eso nuevo que me estaba pasando y antes no conocía. *Heimweh* («extrañar la patria») era la que se llevaba todos los premios, pero también estaba *Einzelgänger* («alma solitaria»)

para describir tu personalidad. Era altísima, de huesos enormes y si no fuera por el color aceitunado de su piel habría pasado tranquilamente por alemana. Hablaba con su mamá una hora por Skype todos los días. Yo no entendía cómo podía necesitarla tanto y conformarse con tan poco. Pero ella ya había atravesado el umbral que me atemorizaba: ser de dos países y de ninguno al mismo tiempo. Nos juntábamos muy poco porque estaba muy ocupada. Me la cruzaba en la biblioteca, pero siempre estaba estudiando. Igual yo insistía. La admiraba mucho, ella tenía el poder de la lengua.

A veces almorzábamos juntas refugiadas en el hall de la Biblioteca Estatal de Berlín, mirando cómo el viento sacudía los árboles. Hablábamos de su drama con Markus, que tenía una hija con otra mujer. Emma tenía ocho años y yo le daba clases de español. Era una nena muy exigente y competía con sus amigas para ver quién se sacaba mejores notas. En la escuela era muy buena y formaba parte del equipo de handball en el que era goleadora. Pero en su casa se portaba todo lo mal que no se permitía portarse a la vista de todos. Al padre le hacía berrinches por nada y en general estaba de mal humor. Era raro para mí ver a una nena tan chica, y con todo a su alcance, que fuera tan malhumorada. Me daba miedo por su futuro. Estaba segura de que se iba a convertir en una mujer exitosa, pero que cuando llegara a su casa después de un largo día de trabajo en la oficina se sentiría sola. ¿Por no poder lidiar con sus sentimientos iba a preferir no amar profundamente? ¿Entraría sola a la vejez deprimida? ¿Llegaría a pensar que parió hijos como piedras y tanta vida para qué?

Le daba las clases en el piso de su habitación. Una mañana vos y yo nos habíamos peleado y Emma había estado discutiendo con el padre, así que esa tarde estábamos las dos con un grado severo de mal humor. «Antes de empezar la clase vamos a dibujar en una hoja todo lo que no nos gustó en el día», le dije. Y juntas hicimos un mamarracho de colores para sacarnos el odio de encima. Nos entendíamos bien.

Una tarde, camino a su casa recibí un mensaje de Sandra, una austríaca que tenía una empresa de turismo *online* y que me pagaba para ayudarla a traducir su sitio web al español: «¿Sabes que Kirchner murió?». La llamé de inmediato y me comentó que lo había leído en la *Süddeutsche* y que *La Nación* lo confirmaba. Apuré el paso y las encontré a Carolina y a Emma jugando al handball en una plaza prácticamente vacía, que hacía que el pique de la pelota se escuchara más fuerte que lo normal. Emma metió un gol y cuando me vio vino corriendo para festejar. La abracé como si fuera un pésame y cuando Carolina se acercó, le dije: «Murió Kirchner». Se tapó la boca con la mano y abrió sus ojos bien grandes, pero no me quiso creer. Era raro procesar noticias nacionales de alto impacto a la distancia. Le dijo a

Emma que se pusiera la campera y fuimos corriendo a su casa a chequear las noticias. Suspendimos la clase de español y nos quedamos leyendo los diarios *online* , siguiendo los comentarios de nuestros amigos por Facebook y Twitter. Carolina llamó a su mamá. Le dijo que la gente ya se estaba congregando en el Congreso. Emma nos miraba sin entender, pero creo que esa tarde aprendió más que nunca.

En Berlín vi el Mundial en el que Alemania nos dejó afuera con cuatro goles. Escribí una crónica para el suplemento deportivo de un diario. La nota tenía un gran sentimiento patriótico, del que carecía pero que afloraba con el Mundial y la distancia, y decía algo así:

> Cómo me iba a imaginar semejante resultado si el cielo había amanecido patrio, de un celeste absoluto y vigoroso. Solo podía pensar en nuestro triunfo. Lo sentía en todas las manifestaciones celestes y blancas con las que me crucé en la semana: la toalla de un amigo y unas ojotas al borde de una pileta y el *flyer* de un recital al que solo iba a ir por estar diseñado con los colores albicelestes.

Ese año también murió Fogwill. A él le escribí esto en mi blog:

> Te despido Fogwill desde Berlín, en un día de sol precioso y viento suave que me hace recordar el mar. Ahora, pensar en morir duele un poco menos. Quiero que tu lugar sea donde el cielo es de ese azul color tus ojos, donde nada más duele. Ni siquiera la distancia en días como hoy.

Unos días antes, el 15 de octubre de 2010 se inauguró en el Museo de la Historia de Alemania de Berlín *Hitler und die Deutschen. Volksgemeinschaft und Verbrechen* , la primera muestra sobre Hitler que se hizo en Alemania, a sesenta y cinco años del fin de la Segunda Guerra Mundial. Fui sola. Había muchísima gente e hice una hora y media de cola hasta que finalmente ingresé a una sala de paredes rojas, anaranjadas y grises en las que se podían ver fotos, videos, uniformes, recortes de diario, objetos del régimen y su historia. La hipótesis era: Hitler no hubiera llegado al poder sin el apoyo popular, por eso hay que estar atentos para que algo así no vuelva a suceder. No se hablaba del horror, ni se hacía apología del sufrimiento.

Allí pude observar que Adolf tenía una caligrafía grande, escribía espaciado y con la letra inclinada hacia la derecha. Más que palabras parecían olas. Pintaba con acuarelas casas de campo con techos destruidos, probablemente por alguna tormenta. Había días en que su bigote era más tupido de un lado que del otro. Supongo que cuanto más simétrico y cuadrado, más poderoso se sentiría. Se sacaba fotos levantando una pierna o los brazos para que luego se distribuyeran como postales. Su vida era el régimen. En una foto escolar, aparece en el medio de la fila de arriba de todo, como si fuera el vértice de un

triángulo. Durante su gobierno iba a barrios pobres y lo filmaban saludando a los chicos, que levantaban el brazo al modo oficial. ¿Quién no iba a querer saludar al Führer? Él les agarraba la mano y se las estrujaba. ¿En algún momento le habría resultado todo una locura? Los niños le escribían cartas por su cumpleaños encabezadas con un «Querido tío Adolf» que adornaban con dibujos de esvásticas como hoy se dibujan corazones. Los niños nazis jugaban con soldaditos de plomo de las tropas hitlerianas. Los grandes marcaban los mapas de Europa con flechas en color azul en dirección a Polonia. Los nazis dividían la población por color como si estuvieran ordenando un placard.

19

El único viaje que hice estando en Berlín fue a Frankfurt, cuando Argentina fue invitada de honor en la Feria del Libro. Me quedé en lo de Tina, la amiga de una amiga que hablaba español con acento boliviano porque vivió allí dos años haciendo trabajo social. Me alucinaron sus rulos, su sonrisa fantástica de niña de tres años, que no se pudiera quedar quieta ni un segundo y también sus planes: en noviembre se iba a bucear al mar Rojo.

Estando allá escribí esto:

> La Feria de Libros de Frankfurt es como un aeropuerto sin aviones. Los pasillos son gris claro y las flechas, negras. Me dan ganas de echar un balde con tinta roja al piso y que salpique las paredes. El predio es tan grande que en el espacio descubierto de la planta baja hay minibuses que te llevan de hall en hall, y adentro, cintas mecánicas que se suceden unas tras otras. Hay hombres que parecen haber salido de la panza de su mamá con el traje puesto. ¿Cómo se sienten los domingos? ¿Qué piensan de los poetas? El aire es caliente; el murmullo, constante.
> Los derechos de autor se negocian en sillones hundidos o sillas de madera incómodas alrededor de pequeñas mesas redondas. Los libros apilados me empiezan a provocar náuseas.
> Afuera, los rascacielos espejados se levantan como flautas de órgano tubular. Llama la atención la cúpula de la catedral que coronó a diez emperadores. Hay zonas devastadas por la guerra y reconstruidas y calles donde se podrían filmar películas sobre la crisis de 1930 en la que todos los hombres llevan sombrero. El aire es muy húmedo y en las plazas hay conejos. Uno, dos, cuento de hadas; quince conejos alrededor de un faro, película de terror.

Me sumé a una cena con escritores argentinos. Después fuimos a Travolta, un boliche que nos habían recomendado, pero no nos dejaron entrar y nos hicimos los sudacas discriminados. Terminamos bailando Beyoncé en una discoteca con luz amarilla.

En el tren de regreso me senté al lado de un soldado. Llevaba un uniforme militar verde estepa de Afganistán. Era bajito, morrudo, tenía la cara redonda y oscura y el pelo corto y negro. A la altura de los hombros tenía pegada una banderita de Alemania. Del lado de la ventana, frente a mí, había un señor canoso. A su lado estaba sentada una mujer que parecía su esposa, una señora elegante con collar de perlas y el cabello recogido leyendo en *Der Spiegel* una nota sobre la guerra en Afganistán.

En un momento el soldado fue al baño y cuando volvió noté su boina prolijamente inclinada hacia la izquierda. Se sentó, sacó un cepillo del bolso reglamentario y lustró los zapatos con dedicación. Cuando terminó se puso a leer un libro de tapa blanda de no más de

cien páginas con letra chiquita. Se inclinaba sobre las hojas y tosía seco. Al escucharlo toser, el hombre canoso le regaló una mentita. El boina roja la tomó despegando apenas la mirada de su libro y se la puso tímidamente en la boca.

Desde el exterior, los diarios argentinos parecen una película de ciencia ficción: robos gloriosos a bancos, pasajeros que se niegan a bajar de un avión supuestamente averiado. Las noticias de mi familia que me llegaban por correo electrónico no desentonaban en su afán por novelar la realidad. En especial las de mi mamá. Un día se quedó encerrada en un gabinete de depilación. La depiladora había ido a calentar la cera y, cuando volvió, no pudo entrar. Mi mamá estuvo cuarenta y cinco minutos sentada en la camilla, comiendo caramelos que las chicas del centro de belleza le tiraban por arriba de la mampara hasta que por fin llegó el cerrajero. Otra vez, mientras esperaba en una esquina a su pareja, un hombre le tocó el culo. Mi mamá pegó un grito y Ricardo, que es musculoso y se entrena todos los días en el gimnasio, corrió hasta agarrarlo. Lo llevó del cuello de la camisa hasta donde estaba mi mamá para cerciorarse de que iba a pegarle al hombre correcto, pero cuando le preguntó si era él, ella negó con la cabeza. Lo hice para «perdonarle la vida», me escribió en un mail el 23 de noviembre de 2010.

Una noche, mientras los gatos iban y venían por la casa enloquecidos detrás de un ratoncito que cazaron en el jardín, te pregunté qué mantel te parecía más lindo, si el estampado con ribetes violetas y florcitas naranjas o el cuadriculado. Estabas sentado en el sillón con la mirada clavada en un partido de fútbol en Hamburgo y en la cancha llovía mucho. Apartaste la mirada de la tele y te tomaste unos segundos para responder, como si a partir de ese momento ese fuera el tipo de preguntas que iban a merecer reflexión, las del hogar, lo privado. El verde, dijiste, el cuadriculado, el que parece de restaurante griego. Te dije que me parecía chico. Lo probé y efectivamente llegaba a cubrir apenas un poco más de la mitad de la mesa. Te acercaste, en la cancha ya casi que no se veía la pelota. Corriste el mantel hacia un extremo, dejando la mitad que menos usábamos al descubierto. Quedó lindo, cálido. Coloqué una cesta con manzanas en el centro, al lado del candelabro. Fui a dejar los otros manteles en el armario, y de casualidad me miré en el espejo. Me vi igual que mi mamá después de un largo día de trabajo.

Una mañana me desperté antes que vos y me fui a desayunar al living. Apoyé la taza que me dijiste que llevara de Argentina «para generar continuidad» sobre el mantel de restaurante griego y me hice una tostada. Afuera estaba gris pero no hacía frío, no había nada de viento. El verde es aún más intenso en días así, pensé. Sobre la mesa estaban tus llaves y el celular. Pude haberte revisado los mensajes de texto, pude haberme fijado cuáles eran los últimos números que marcaste, pero no tenía ganas de arruinarme la mañana. Más tarde, mientras hacíamos el amor, te confesé que estuve a punto de espiarte el celular y me hiciste cosquillas.

> *Entre gente tan numerosa, son poquísimos los adulterios, cuyo castigo inmediato está confiado a los maridos: habiéndole arrancado la cabellera, el marido expulsa de la casa a la mujer desnuda en presencia de los parientes y la conduce con azotes por todo el pueblito; en efecto, no hay perdón del pudor expuesto: ni por su belleza, su edad, sus riquezas habrá de encontrar marido.*

Empecé kung fu con Bam Bam, un profesor de Indonesia, con mi amiga Mica. Ella también era argentina. Había llegado a Berlín hacía unos meses para estudiar pintura. Una amiga en común nos había puesto en contacto. Mica vivía en la parte oriental y su casa todavía se calentaba con las viejas estufas de la guerra. «Cada día usamos de

cuatro a seis ladrillos y cada mañana lo primero que hago es abrir la puertita para ver si todavía el carbón está encendido. Agradezco saber hacer el fuego del asado y que mi *roomy* haya sido boy scout», escribió en su blog. Me encantaba estar con ella porque decía cosas como «amora» para referirse a mí y «quedé lacia» si la clase de kung fu había sido muy dura. Podía estar horas escuchándola contar las mismas anécdotas.

Hacía ya un tiempo que las dos estábamos en Berlín y nos dimos cuenta de que no teníamos amigos alemanes. Ella pasaba mucho tiempo sola y yo también, entonces nos propusimos la misión de conseguir nuevos amigos y creímos que asistir a clases de deporte grupal podía ser un buen punto de partida.

Cuando había que ponerse de a dos, practicábamos juntas porque éramos de la misma altura, aunque claramente ella tenía más aptitudes que yo. Una clase faltó y me tocó pelear con una chica de diecisiete años que hablaba muy suave pero tenía mucha fuerza y se había criado con tres hermanos varones, fanáticos del equipo de fútbol berlinés Hertha. Esa tarde, ella parecía haber tenido un mal día y decidió descargar su ira conmigo. Cuando yo le pegaba en las manoplas me miraba con pena y luego me devolvía con golpes fuertes para demostrarme cómo se hacía, y me tiraba hacia atrás. En una de las posturas, ella tenía que hacer fuerza hacia abajo sobre mi espalda con el pie mientras yo intentaba levantarme. Me hizo sentir su esclava. Me levanté con toda la fuerza que pude, la tiré y salí corriendo. Dejé el *dojo* llorando, agarré mis cosas y me volví a casa en bicicleta.

Vos estabas por ponerte a preparar la cena cuando me escuchaste entrar. Me tiré en la cama y me abrazaste. Lloré por dos horas seguidas hasta que me quedé dormida. No volví más a kung fu, pero Bam Bam me llamó a la semana y en su alemán, tan precario como el mío, me dijo: «Los hombres deben conocer su debilidad y fortaleza. Vos ya sabés cuál es tu parte débil, ahora tenés que encontrar lo que te hace fuerte».

20

Cada vez con más frecuencia me preguntaba para qué estar tan lejos, hacer otras amigas, construir una vida en otro lado si yo ya tenía una que me había costado bastante. De día, te relataba mis inseguridades y con eso intentaba distraer mis fantasmas. A la noche aparecían los tuyos, que acallabas con tu propia fiesta, rodeado de la neblina del humo de tu cigarrillo. Tomabas una botella de vino por noche. Te costaba dormir, decías.

Por tanto invierno, los colores de la cara se me habían diluido por completo. Tenía la mirada perdida y los ojos no sabía adónde apuntarlos hasta que aparecían los tuyos. Empecé a odiar mis trabajos, que solo me interesaban en la medida en que me pagaban, y me parecían una pérdida de tiempo enorme.

Por la noche, repetíamos siempre el mismo ritual. Los gatos se enrollaban encima de tu pecho y se quedaban dormidos hasta que terminabas tu botella. Yo te despedía con un beso y te decía «vení rápido» e iba a enfrentarme, otra vez, a una cama fría y solitaria. A la mañana, tu cuerpo evaporaba alcohol y yo te lamía. Pero ya no recuerdo cómo eran nuestras mañanas.

Un fin de semana nos metimos en el Hasenheide. Nos sentimos un poco monos caminando agachados por el bosque con las manos rozando la tierra húmeda. Se nos enfriaron las puntas de los dedos. Escuchamos un trueno, miramos para arriba y vimos solo un poco de cielo interrumpido por las ramas. Vimos también a un hombre sentado en una piedra con la mirada petrificada sobre un árbol que a mí me hizo imaginar lo peor. El parque terminaba en un baldío bordeado por una reja.

De repente, empecé a pensar en cuánto tiempo de vida les quedaban a las personas. Esa pareja que viene ahí tiene cuarenta años, les quedan un poco más de veinte años juntos. A ese nene la infancia se le va a pasar volando. Cuánto queda vivir y para qué, me preguntaba. Sentía que un hongo me crecía por dentro y me enfermaba. Se me empezó a cerrar el estómago y eran pocas las veces que lograba terminar el plato. Por la mañana abría los ojos a las siete y clavaba la mirada en el cielo lechoso. Empezamos a discutir por cualquier cosa, pero resistíamos como los juncos en el río, a quienes el viento dobla, las olas les pasan por encima, pero no se quiebran ni se

apartan, solo se mueven y acarician el agua. Nos convencimos de que estar en pareja era eso, resistir. En el fondo, seguíamos creyendo que éramos dos versiones de lo mismo, una traducción. En esos años nos habíamos vuelto uno a través del otro, el frente y el reverso de un papel que si cortaba a uno, nos atravesaría a los dos. ¿Qué estabas planeando para mí? ¿Y yo en qué estaba pensando?

Una madrugada supe que mi vecino no podía dormir. Como siempre, habías dejado las ventanas del cuarto abiertas y la persiana alta. En el medio de la noche empecé a sentir bocanadas de humo de alguien intranquilo. Me levanté y me di cuenta de que ni mi vecino ni yo podíamos dormir. Me asomé por la ventana e intercambiamos miradas. Todavía no había empezado a amanecer. Las noches empezaban a ser más largas cada día.

21

La última pelea fue por la ventana abierta. Me tenías abrazada por debajo de las sábanas. Era temprano y, apenas abrí los ojos, vi que la habías dejado abierta de par en par. La noche anterior había insistido en que la entornaras porque a la noche pasaba frío, la temperatura era bajo cero. Me levanté de un solo movimiento y la cerré con dos golpes secos, uno por cada uno de nosotros. El frío me heló la piel, te puteé y te dije que esa tarde me iba de casa. No lo pensé, me salió así. Te diste vuelta y seguiste durmiendo. Desayuné, cargué la mochila con la computadora, los apuntes, dos pares de medias, dos bombachas y una polera y agarré todo mi dinero, cincuenta euros y monedas. No sabía dónde me iba a quedar esa noche, pero sabía que no iba a volver. Me fui a la biblioteca y trabajé todo el día sin parar. A la tardecita llamé a Mica para saber si me podía quedar en su casa y me dijo que me esperaba para cenar. Pasé por el supermercado, compré una crema, un paquete de fideos y chocolate, y me fui para allá.

Esa noche su *roomy* finlandesa no estaba y bajamos juntas al sótano a buscar más carbón para echar en la estufa. Las puertas de las bauleras estaban hechas con tablas de madera, como si fueran celdas medievales; nos daban un poco de miedo, así que hicimos el trámite rápido.

Después nos pusimos a cocinar y me olvidé de vos. Nos llamó Sandro, el amigo de Mica, por Skype. Nos hablaba desde Ezeiza y estaba en cuero. ¡Qué cálida es la confianza! En Argentina eran las cuatro de la tarde y Sandro estaba con las persianas bajas porque no soportaba el calor. Por las rendijas se veía el sol como una bestia intentando atravesar los barrotes de una jaula. Era hermoso.

En la cena nos reímos mucho y sentí que recuperaba algo propio. Los fideos se nos habían pasado pero igual estaban riquísimos. El cuarto de Mica era del tamaño de un living. Mica me dio una sábanas limpias que olían a hogar y nos acostamos cada una en un colchón de plaza y media enfrentados en el piso.

Apagamos la luz y me mostró unos videos muy divertidos que había hecho con unos amigos argentinos. Cantaban la marcha peronista arriba de un parlante en un boliche de Berlín, mientras algunos alemanes se sumaban a entonarla sin saber lo que decían. Nos deseamos buenas noches y en ese cerrar los ojos en simultáneo sentí por primera vez en mi vida como hija única lo que podía significar tener una hermana.

No hablamos por una semana y no te extrañé. Iba a la biblioteca todos los días, avanzaba con mis monografías, y a la noche pasaba por lo de Mica, que siempre tenía un buen plan: ir a un bar nuevo, a una vernissage, perdernos por la ciudad en bici buscando una nueva galería. Por primera vez en mucho tiempo, volví a pasarla bien. Dejé de pensar en el dinero que no me alcanzaba, en la vida partida en dos continentes, en qué sentido tenía estar en un lugar cuando añoraba otro, más imperfecto, pero mío. Volví a reírme, pude disfrutar de nuevo la comida y descansar mejor. Decidí comprar un pasaje a Argentina para pasar las fiestas con mi familia. El más barato salía en tres semanas y me daba el tiempo perfecto para llegar con los trabajos de la facultad. Pedro, el primo marplatense de una amiga, que estaba viviendo en Berlín, se fue a España a visitar a su novia y me dejó su departamento para pasar esos últimos días.

Cuando te llamé nos reímos un poco de la situación, la distancia nos había hecho bien. Te avisé que iba a ir a buscar algunas cosas para irme a vivir a lo de Pedro. Me dijiste que fuera por la tarde así no nos encontrábamos y quedamos en vernos unos días después.

El departamento estaba en un piso quince, tenía la cantidad de muebles necesarios para pasar una temporada, estaba muy bien calefaccionado y lucía impecable. El único problema era el olor a podrido que salía de la rejilla de la cocina, que se hacía más intenso en el contraste con la pulcritud de la casa. Cada tanto desaparecía, pero siempre volvía y no había nada que se pudiera hacer.

El edificio quedaba en una zona desolada, alejada del centro. Estaba rodeado de subidas de autopistas, con baldíos, grúas y escombros. Había un solo supermercado y quedaba en la estación de subte. Las veredas eran anchas y había túneles por los que pasaba poca gente. El edificio era la única construcción alta de la cuadra, el viento lo golpeaba directamente y permanecía inmutable, lo sentía tan solo como yo. Por la ventana veía un edificio vidriado con un cartel de un amarillo enceguecedor enorme que decía Blockbuster. Eran sus oficinas, ni siquiera el videoclub.

Lo mejor de la ubicación de la casa era que estaba a diez minutos del Jardín Botánico. Era gigante. La primera vez que fui estuve toda la tarde caminando entre sus parques, pero no logré recorrerlo todo. Había un vivero con plantas tropicales que nunca había visto donde la temperatura pasaba los treinta grados todo el año. Era increíble estar en remera entre palmeras mientras detrás del vidrio se veía el campo nevado. Me saqué la campera y me quedé un rato sentada al lado de una cascada como si estuviera tomando sol. Cerré los ojos y me imaginé en otro lugar. Al salir, me acerqué a un viejo que estaba caminando con su bastón arrastrando la nieve. Me dijo que iba todos los días al parque porque el doctor le había recomendado hacer

ejercicio. Ahora, mientras escribo esto, pienso que ya debe de estar muerto.

Esas semanas me quedaba escribiendo todo el día en la casa e iba a la biblioteca solo en caso de que fuera indispensable. Como todo me quedaba un poco lejos, salía solamente para hacer las compras o verme con Mica. Me aseguraba de que en la heladera nunca me faltaran huevos, papa y tomate, cosas que, según mi papá, siempre debía tener porque te sacan de cualquier apuro.

Una noche, finalmente nos encontramos en una plaza que nos quedaba a los dos a la misma distancia. No nos saludamos con un beso porque no hubiéramos sabido dónde dárnoslo, así que nos quedamos enfrentados como dos japoneses. Nos sentamos en un banco, hacía frío y había tanto viento que teníamos que hablar alto para entendernos. No recuerdo bien qué fue lo que pasó. Creo que yo te dije que me sentía bien y vos me dijiste: «Si te sentís bien sin mí, para qué vamos a volver, cortemos». Te dije que no me parecía, que esto eran como unas vacaciones del otro; y me dijiste: «No sirve, cortemos y listo». Y después, me miraste fijo y me dijiste algunas cosas en alemán que no entendí y no sé si querías que entendiera tampoco, te diste media vuelta y te fuiste.

Me volví a casa en bicicleta. De tanto llorar, las lágrimas no me dejaban ver el camino. Llamé a Mica, pero no la encontré, y Carolina vino a casa con chocolates. Ella me confesó que tampoco estaba bien con Markus. Él también tomaba mucho alcohol y a veces pasaban días sin hablar.

A la mañana te llamé porque seguía muy triste. Viniste a mi «casa de soltera» y cocinaste un guiso. Pasamos toda la tarde juntos, nos reímos, nos besamos, nos encontramos como los enamorados que habíamos sido. El último fin de semana antes de que me volviera decidimos pasarlo juntos en casa y con los gatos. Me ayudaste a mudar mis cosas nuevamente y me dijiste que antes de que terminara el verano ibas a viajar a Buenos Aires.

Ese sábado nos despertamos otra vez hablando del futuro. Llovía y te dije que antes de volverme tenía un regalo para vos. Nos subimos a las bicis, bordeamos el canal hasta el Museo Técnico, busqué el estacionamiento rodeado de flores gigantes de cemento y te llevé a un baldío de varias hectáreas donde se estaba construyendo un parque. Los parques también se construyen, eso lo aprendí con vos. Era un predio con tierra removida, grúas y excavadoras. Tanto trabajo para poner pasto, pensé. Dejamos las bicis y caminamos de la mano por un camino asfaltado, rodeados de escombros. Ese era mi regalo, un espacio destruido que había que reconstruir con otra cosa. Salimos y me diste un beso sentados en la bicicleta. Andando te pregunté si te había gustado mi regalo, el viento me pegoteaba el pelo en la frente.

Me dijiste que yo era como esos containers llenos de sorpresas que en algún momento iban a poner en el parque. Yo te dije que vos eras como el pasto largo que crecía en esos montículos de tierra muerta, esos lugares donde parece que no crece nada pero hay vida. Eso era lo más lindo del lugar, ese pasto verde pese a todo.

No hay gente que se entregue con más fervor a la hospitalidad de convidados y extraños. Es tenido por sacrilegio echar a cualquier mortal del propio techo.

A la noche fuimos al mercado de Navidad de Potsdamer Platz. Compartimos un panqueque con Nutella y azúcar impalpable, saqué mi cámara y empecé a filmar. Filmé el edificio vidriado de la Deutsche Bahn de arriba hacia abajo. En la filmación, a los pies de ese edificio aparece la imagen de una calesita con caballos y elefantes dorados, rodeada de luces, brillante y vacía. Después, vos agarraste la cámara y filmaste lo mismo. La toma se repite varias veces, los espejos del edificio, la calesita dorada, un reflejo azul. Después, nos tomamos el Bus 41 y volvimos a casa. Bajamos en Urbanstr y nos detuvimos en la vidriera del local de ropa turca y filmamos un maniquí con rulos colorados y ropa dorada y negra. Lo único que tiene vida en esas tomas es la vibración de la imagen, el punto de vista, un reflejo tenue en el vidrio en el que los dos estamos mirando esa humanidad de fábrica. No nos filmamos a nosotros, filmamos algo que perdure más que nosotros, como el plástico. Mirábamos lo mismo pero cada uno veía algo distinto. Estábamos mudos detrás de la cámara mientras las cosas pasaban. Detrás de esas imágenes, te miraba filmar. Ahora miro lo que filmaste como si eso hubiera sido lo último que miramos juntos.

22

Nos despedimos un mediodía frío y soleado de Berlín. Me llevé una valija grande, una mediana y una mochila. Dejé una campera a la que no le funcionaba el cierre, un libro que explicaba en trescientas páginas la historia de Alemania desde el Imperio Romano hasta la caída del Muro, repasadores manchados con salsa y dos libros de cocina. Dejé dos gatos sanos y fuertes. Fuimos en bus hasta la estación de tren. Llegamos con media hora de anticipación y esperamos a que viniera el tren. Estaba triste pero a la vez contenta de que pronto iba a reencontrarme con mi familia y mis amigos en la otra parte del mundo. Cuando llegó el tren me subiste las valijas y nos quedamos abrazados en el vagón. Nos despedimos con un beso seco y vos bajaste. Nos saludamos con la mano y se cerró la puerta. Nos miramos hasta que el tren arrancó. Te vi los ojos tristes como nunca te los había visto en una despedida. ¿Cuándo nos empezamos a despedir en realidad?

Fui a la cafetería del tren y comí la vianda que me habías preparado. Te llamé por teléfono. Me dijiste que estabas sentado en el sillón con los gatos encima, pero que no podías leer. Te dije que pronto nos íbamos a volver a ver. Me dijiste algo parecido a un sí, pero que mejor dejáramos de hablar porque cerraba el Penny y todavía tenías que conseguirles comida a los gatos.

> *Ningún lujo es propio de los funerales: solo se tiene cuidado de que los cuerpos de los varones ilustres sean cremados con determinadas maderas. No aumentan el montón de la pira con telas o perfumes: a cada uno se le arrojan sus armas, y al fuego de algunos, también el caballo. El césped erige el sepulcro: rechazan como pesados para los difuntos el arduo y penoso honor de los monumentos. Hacen rápido a un lado los lamentos y lágrimas, lentamente el dolor y la tristeza. Honorable es para las mujeres quejarse, para los hombres recordar.*

Vuelvo a esa imagen otra vez.

Nos despedimos en la estación de tren, llegamos media hora antes y esperamos en el andén. El día estaba lindo, el sol quería asomar. El tren ingresó a la terminal y se abrió la puerta. Sabíamos que, apenas subiera, iba a volver a salir. Se abrieron las puertas, me subiste las dos

valijas, que juntas pesaban lo mismo que yo. Nos abrazamos arriba del vagón. Escuché el ruido del roce de los zapatos en la alfombra y las puertas corredizas. Entró el guardia listo para partir, bajaste. Él tenía colgada del cuello una máquina como si fuera una calculadora gigante con la que chequeaba los tickets electrónicamente. Miró para un lado y para el otro a lo largo del tren y le dio la indicación al maquinista con una señal circular roja.

Se cerró la puerta y no miento si digo que sentí un ligero alivio. Vos te quedaste parado en la estación, me mirabas triste, como petrificado. Yo te despedí con la mano diciendo chau con los ojos un poco llorosos, pero menos que otras veces porque pronto ibas a venir a Argentina para acortar el invierno, después íbamos a volver, y así. Se cerró la puerta del tren automáticamente. Me quedé atrapada en ese olor a nada. Te sostuve la mirada hasta que el tren arrancó y ya no te vi.

Me senté al lado de una señora de cincuenta años que estaba vestida de colores, tenía rastas y me miró de una manera muy cálida. Acomodé mis cosas y fui a la cafetería del tren. Agarré el sándwich con queso untable, queso sin lactosa, salame y huevo que me habías preparado y me pedí un café con leche que pagué con los veinte euros que me diste. Al lado mío había dos hombres vestidos con sobretodo y maletín. Se los notaba cansados pero ya distendidos, como volviendo a casa después de intensos días de trabajo. Hablaban de sus esposas, de negocios, de deporte. Volví a la puerta donde nos despedimos y te llamé. Por la ventana veía pasar vías y vías, piedritas grises y árboles y bosques. Me dijiste que estabas sentado en el sillón del living con Rocky encima, que estabas triste y no sabías bien por qué, y que esa iba a ser la primera de las noches que ibas a dormir solo después de mucho tiempo.

23

Volví a Buenos Aires con cinco kilos menos. Era de mañana y hacía un calor insoportable. Cargaba la campera de pluma en el brazo como si fuera un amigo muerto. La luz me enceguecía. Mis padres decidieron venir a buscarme juntos con Boris. Los esperé cuarenta minutos porque calcularon mal al salir. Apenas me vio, mi mamá casi se tiró del auto para abrazarme. Me había olvidado hasta dónde podía llegar su dramatismo. No sabés el tránsito que había, qué rápido fue el *check out* , qué lindo volver a verte. Lloré todo el viaje en auto mientras acariciaba a mi perro.

En mi cuarto, la adolescencia se mantenía tal cual la dejé con un pilón de apuntes de la facultad sobre el escritorio. En la mesita de luz había un ramo de rosas en un florero y una cartita que decía: «Bienvenida, te queremos mucho, mami y papi». Bajé la persiana del balcón que dejaba entrar los rayos del sol como espadas. La primera semana la dejé a media asta, hasta que poco a poco me fui acostumbrando nuevamente a la luz y Buenos Aires me volvió a parecer tolerable.

«¿Sabías que un día el sol se va a comer el planeta Tierra?», me dijo mi papá en el auto yendo a hacer las compras al supermercado. «Lo que pasa es que el sol se va a hacer tan grande que nos va a quemar.»

Con la separación de mi mamá, los programas de turismo de televisión habían pasado a ser la fuente principal de las anécdotas de mi padre. Me hablaba de los castillos ingleses en venta como si estuviera por comprar uno y de las islas Seychelles como si se hubiera metido al mar y hubiera hecho snorkel entre sus peces de colores.

—El agua es cálida y hay cardúmenes fosforescentes. ¿Sabías que los caballitos de mar son hermafroditas? —me preguntó.

Durante el tiempo que yo había estado afuera, mi papá durmió en mi cuarto, decía que mi colchón era más duro y el suyo le hacía doler la espalda. Se obsesionó con Boris, que lo acompañaba a todos lados y decía que se parecía a mí, porque lo esperaba en el auto tranquilo mientras él entregaba los trabajos.

A la ciudad la veía frágil, con sus edificios desparejos y frentes resquebrajados. Me daba la sensación de que en cualquier momento podía desaparecer entera con el barullo de los colectivos y volverse ceniza de contaminación.

La primera noche soñé que me tomaba un barco a una isla donde me estabas esperando y me presentabas a nuestro hijo. Estabas

eufórico de felicidad. A nuestro supuesto bebé, de unos ocho meses ya, lo habías puesto sobre unas pajas que le hacían de cunita. Me acerqué y lo vi parecido a todos los chicos con los que alguna vez estuve. Las cejas unidas de José, la boca amplia de Martín, la nariz aguileña del Griego. Quise sacarlo de esa cunita improvisada porque me daba la sensación de que lo iban a comer los bichos escondidos entre la paja y, cuando lo agarré, las manos se me hundieron en su cuerpo mullido como si fuera un oso de peluche. Estaba calentito y no pesaba nada. Ya lo amaba.

24

Tu último correo enamorado fueron cuatro fotos que te sacó tu hermana haciendo una demostración de karate en el living de casa. En las fotos es de noche y se supone que después de tu clase ella pasó a cenar. Se ve la mesa con los platos sucios de la cena y en el centro un jarro con flores frescas. Era lindo que tu hermana viniera a cenar. Vos cocinabas algo especial y los gatos se comportaban como perros e iban a recibirla a la puerta. Como no teníamos mucho dinero, sus visitas eran nuestra salida, pero al revés.

En la primera de las fotos estás en posición de combate con los puños cerrados al costado del cuerpo. Estoy segura de que después gritaste lo que gritan los japoneses cuando inician la pelea, que te salía muy bien porque cuando lo hacías los gatos desarmaban sus estados; levantaste la pierna derecha a la altura de la cintura y tu hermana sacó la segunda foto. En la tercera estás en cuclillas con las piernas en posición de defensa; y en la última, inclinado hacia atrás con la pierna izquierda contraída para dar la gran patada. Después no hay más fotos. Tenés puesto el traje blanco y el cinturón amarillo que habías ganado el fin de semana en tu primer torneo. Me dijiste que te pusiste menos nervioso de lo que creías y que cuando terminaste la prueba, los profesores del jurado se acercaron para felicitarte. Se nota que en las fotos estás tratando de ponerte serio, pero bajás la mirada y contenés la risa.

En los próximos mails ya no hablabas de nosotros en futuro sino en pasado: «Puse tus cosas en el *Keller* », me escribiste un día. Yo, mis cosas. El único futuro es de las cosas que van a empezar a agarrar humedad y el presente es el reporte de ese pasado. Ayer puse tus cosas en el *Keller* , es decir, en el sótano. En el sótano hay cinco celdas con rejas de madera y cadenas de metal que usamos los vecinos para guardar las cosas que no entran en las casas, que sobran, que no se usan o se usan poco, que no se quieren ver más, que estorban pero no se pueden tirar, que da pena tirar. Yo me había convertido en una de esas cosas inútiles y desechables. Todo edificio tiene su *Keller* —pensé — para la guerra y para el amor.

> *Suelen abrir túneles y los cubren por encima con mucho barro como refugio de invierno y depósito para cereales,*

porque espacios de esta clase aplacan el rigor del frío, y si alguna vez se acerca un enemigo, saquea las cosas a la vista pero las escondidas y enterradas son ignoradas o permanecen sin ser descubiertas porque hay que buscarlas.

Estoy segura de que pusiste mis cosas en la caja del alimento balanceado. No sé cómo pero lo sé. Pasó lo siguiente: el pedido llegó el sábado, tipo once. Estabas durmiendo abrazado a la manta, con las ventanas abiertas y la calefacción apagada. Cuando sonó el timbre te levantaste de un salto, controlaste el desvío de los ojos por el alcohol y el sueño. Te pusiste el pantalón de entrecasa. (El último año solo te habías comprado ropa para estar adentro de casa.) Abriste la puerta en cuero. El chico del DHL llevaba su campera amarilla y roja reglamentaria un poco sucia. Estaba sin el gorro. Te dijo «*Guten Morgen* » fuerte para despertarte. Te reíste con un poco de culpa y tu primera acción oficial del día fue escribir tu nombre con lápiz óptico en el aparato que registra las entregas. Agarraste la caja con los quince kilos de comida para los gatos y volviste a la cama. Rocky te lengüeteó la nariz. Tenía hambre. Te levantaste, cortaste la cinta adhesiva con la punta de la tijera, sacaste la carpa de plástico naranja que siempre venía como merchandising y con la que los gatos nunca supieron jugar. Si ese sábado hubiéramos despertado juntos, habríamos pasado todo el día hablando sobre la humanización de los animales, la inescrupulosa producción del plástico, la preservación del sistema a través de la reproducción masiva de las promociones, la marca de una época irresponsable. Lo que perdura, al fin y al cabo, es lo inútil, concluíamos. Pero esta vez estoy segura de que cuando viste llegar la caja con la bolsa de alimento, no pensaste en todo esto que solíamos hablar cuando íbamos a hacer las compras o caminábamos por el canal, sino que viste un ataúd chiquito para enterrarme a mí a través de mis cosas. Mis botas rojas, un par de zapatillas celestes y blancas que me gané trabajando en un boliche auspiciado por Adidas en vísperas del Mundial, una campera marrón que me hacía sentir una intelectual judía de entreguerra, un diccionario alemán-alemán. Metiste todo ahí y lo bajaste al *Keller* . Y te convenciste a vos mismo de que no nos íbamos a ver nunca más.

Dos años después recibí un mail tuyo. El asunto decía «murió rocky», y escribiste:

> le encontré el sabado en la mañana en el jardin.
> el viernes a la tarde vomitó mucha espuma blanca y pensé que habia comido algo malo.
> cuando volvió a vomitar a la noche me empezé a preocupar. quise esperar la noche y si no hubiera mejorado, ir al medico. en internet dijieron, que sus gatos lo hacen dos veces por

año y el estaba siempre de vomitar rapido. en el ultimo año se peleó mucho y duro y hubo situaciones peores donde no fue al medico o fue y me dijieron que se tiene que curar solo. por eso no me hago mucha cabeza por no haber ido. es asi. hay que aceptarlo.
creo que comio vereno o capaz una rata enverenada. al final es el precio que uno paga para un gato libre.
tenia una gran vida de gato.
te escribo ahora porque antes no pude. todavia me cuesta aceptarlo. esta muerto en la terraza y me fuerzo a mirarlo varias veces por dia. mañana lo enterramos con Sarah en el jardin.
roma me acompaña de muy cerca. no sé si todavia entendió que rocky no vuelve mas, o si siente mi dolor. hoy me desperté con mucha tristeza y me vino a dar besos en la frente como lo hizo a rocky. a la larga le voy a buscar un nuevo compañero.

kopf hoch.

Después de leerlo, te mandé tres mails sucesivos en el transcurso de una hora, de los que no recibí respuesta:

El primero decía:

oh no por favor te puedo llamar? lo quiero ver.

El segundo:

habría q hablar con el hausmeister porque quiza estén envenenando gatos en el barrio y todavía queda roma.
preferís dejarlo ahí en el jardín o en una maceta que te podés llevar cuando te mudes…? aunque cargar con un muerto no es algo que te desee.
la piel de rocky… es imposible que te quedes aunque sea con un pedazo de la piel de rocky…? un taxidermista lo podría hacer. No te querés quedar con una patita. no sé. con las fotos alcanza?

Y el último:

me da mucha tristeza, te imagino triste y se me rompe el corazón.
hiciste todo para que rocky fuera el gato más feliz.
te quiero mucho.

Cierro la carpeta de fotos. La selecciono, arrastro a la papelera y pongo «vaciar». Subo a la baulera, bajo tus bolsas con ropa, salgo a la calle y las dejo al lado de un árbol. Todavía quedan seis cajas de libros. Mañana los voy a donar a la biblioteca; eso voy a hacer mañana, sí.

¡Seguimos!